

VICENTE LECUNA



LIBERACIÓN DEL PERÚ

CAMPAÑAS DE JUNÍN
Y AYACUCHO



COLECCIÓN BICENTENARIO DE AYACUCHO

La capitulación de Ayacucho, Daniel Hernández Morillo,
(1824). Museo del Banco Central de Reserva del Perú.

Liberación del Perú Campañas de Junín y Ayacucho

Vicente Lecuna

La batalla de Ayacucho culmina la Campaña del Sur, concebida por el genio del Libertador Simón Bolívar para expulsar definitivamente de la América meridional al Imperio español, y con ello completar y consolidar la unidad de Nuestra América en la gran nación colombiana que había fundado en Angostura tres años antes.

Bolívar encomendó la ejecución de aquella batalla al general Antonio José de Sucre de quien tenía la mejor opinión:

“Sucre es caballero en todo; es la cabeza mejor organizada de Colombia; es metódico, capaz de las más altas concepciones; es el mejor general de la República y el primer hombre de Estado”.

De tal manera que, al conmemorar Ayacucho, rendimos homenaje a ese grande hombre que Bolívar tenía como su sucesor. Indiscutiblemente con Sucre y Ayacucho celebramos, con toda nuestra fuerza y voluntad unitaria, al Ejército Libertador de Venezuela y de la patria unida nuestroamericana.

Recordamos con esta Colección Bicentenario de Ayacucho aquel momento cumbre de nuestra libertad y vocación antiimperialista en las diversas visiones de los autores de las obras que aquí editamos.

Doscientos años de Ayacucho, acontecimiento que cambió radicalmente la conformación geopolítica del mundo. Hoy, en plena transformación del sistema hegemónico mundial unipolar, el recuerdo de aquella gesta liberadora y su horizonte unitario suramericano nos muestra la vigencia de la necesaria unidad de nuestros pueblos y naciones para concretar aquel concepto bolivariano del “equilibrio del mundo”.

No se trata de celebrar una efeméride más de nuestro pasado glorioso; se trata de afirmar la conciencia histórica que nos urge a mantener la lucha por nuestra soberanía y por la unidad de Nuestra América en este cambio de era.

Tal como lo ha afirmado nuestro presidente Nicolás Maduro Moros:

“Hoy el mundo se mueve en un gran cambio civilizatorio. Hay un gran cambio de la geopolítica y de la civilización humana. Surge un nuevo mundo, mundo pluripolar, multicéntrico, nuevas potencias emergentes, que traen el aliento de siglos, hasta de milenios ya en su fuerza creadora”.

De allí la necesidad y urgencia de que:

“Podamos tener la fuerza, la capacidad, la voluntad, la independencia política para pasar de una poderosa Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños a una Confederación de pueblos, de Estados, de gobiernos de América Latina y el Caribe”.

Este es el horizonte unitario que el Libertador Bolívar fundó, que el comandante Chávez retomó y que el presidente Maduro se empeña en consolidar.

Tener presente a Ayacucho en estas obras de la Colección Bicentenario de Ayacucho no es una mirada diversa del pasado, sino un recordatorio de los retos y desafíos que tiene por delante América Latina y el Caribe en este cambio civilizatorio que vivimos. Es recordar la urgencia de la unidad de Nuestra América.

COMISIÓN PRESIDENCIAL PARA LA CONMEMORACIÓN
DEL BICENTENARIO

DELCY RODRÍGUEZ
Vicepresidenta Ejecutiva

M/G FÉLIX OSORIO
Secretario de la Comisión

ERNESTO VILLEGAS
Ministro del Poder Popular para la Cultura

RAÚL CAZAL
Presidente del Centro Nacional del Libro

ALEJANDRO LÓPEZ
Presidente del Centro de Estudios Simón Bolívar

Liberación del Perú Campañas de Junín y Ayacucho

Vicente Lecuna

OFRENDA DE LOS DELEGADOS DE VENEZUELA
A LA TERCERA ASAMBLEA GENERAL DEL INSTITUTO
PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
CELEBRADA EN LIMA EN 1941



COLECCIÓN BICENTENARIO DE AYACUCHO

Índice

| | |
|---------------------|----|
| OFRECIMIENTO | 13 |
| CAMPAÑA DE JUNÍN | 17 |
| CAMPAÑA DE AYACUCHO | 53 |

Ofrecimiento

Los delegados venezolanos a la Tercera Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que se reúne en la ilustre capital del antiguo Virreinato del Perú, gala y orgullo de la cultura hispano-americana actual, ofrecen esta publicación a sus distinguidos colegas de congreso en testimonio de su cordial simpatía. Se han recogido en este opúsculo dos estudios que tienen particular interés para la historia de Hispanoamérica: las descripciones de las campañas de Junín y Ayacucho, escritas por nuestro compatriota Vicente Lecuna, quien viene consagrado desde hace muchos años a la reconstrucción de las campañas de Bolívar, analizándolas a la luz de los principios del arte de la guerra expuestos por los autores clásicos anteriores a la época de la emancipación. En su acertada labor de investigación y de crítica, Lecuna se ha servido del archivo de Bolívar, parcialmente publicado en las *Memorias del general O'Leary*, y en muchas partes aún inédito, y que por su riqueza y abundancia constituye un verdadero tesoro para la historia de la revolución. En el curso de sus prolongadas campañas, desde la Admirable de 1813 hasta las del Perú en 1824, en medio de las más azarosas y aventuradas contingencias, Bolívar acostumbró invariablemente a dejar copia de las innumerables órdenes militares y administrativas que expedía, con una profusión y tenacidad no igualada por ningún otro capitán, tanto a los jefes de cuerpos, y aun de simples guerrillas dispersas por los enormes territorios en los cuales actuaba, como a los encargados de la administración pública en las regiones libertadas. Esta masa de oficios y de órdenes era asentada en cuadernos clasificados según la clase y categoría de los funcionarios a quienes eran dirigidas. Muchos de esos cuadernos se extraviaron en los múltiples azares de la guerra, pero por fortuna la mayor parte de ellos pudo conservarse. A esta documentación preciosa y de una riqueza insuperable, se agregan los informes y respuestas de los subalternos y colaboradores. El conjunto de ese archivo, que se guarda

en la Casa Natal del Libertador, comprende doscientos veintidós gruesos volúmenes, en los cuales se ha clasificado cuidadosamente el inmenso material. A las campañas del Perú corresponden diez o doce volúmenes de órdenes y oficios expedidos por él o suscritos por el secretario en su nombre, y otros tantos contentivos de documentos emanados de subalternos y funcionarios. Esta enorme colección permite no solo reconstruir hasta en sus detalles las campañas de Bolívar, frecuentemente adulteradas o deformadas, sino que sirve también para apreciar la actividad incansable, las aptitudes múltiples, las previsiones infinitas, la energía indomable, las facultades creadoras del autor de esa obra. Esos documentos, expedidos vertiginosamente día por día y al correr de los acontecimientos para enrumbar el curso de estos hacia el triunfo de la independencia, son, en la historia de Bolívar, la fuente de inequívoca autenticidad exenta de los errores de que muy a menudo adolecen las relaciones aún contemporáneas de los sucesos, por causa del amor propio o de falta de suficiente información en los autores o por el fanatismo de los panegiristas o panfletistas posteriores.

Es obvia la razón que ha guiado a los delegados venezolanos en la selección de los dos trabajos mencionados para presentar este homenaje a sus colegas de congreso. Nos reunimos en el suelo del Perú, que tiene ante la América Hispana un simbólico privilegio: en él tuvo la colonización hispana, junto con México, sus más elevadas notaciones de cultura y aquí arraigaron con mayor brillo, en un ambiente de riqueza y poderío, las mejores tradiciones de la Madre Patria. En los ricos valles de su sierra se hicieron fuertes los representantes del régimen peninsular y vencieron repetidamente a sus adversarios, aun después que ya era libre el resto de “aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando”. Y hacia él convergieron, movidas por un mismo impulso y atraídas por un ideal común, partiendo de direcciones opuestas, las recias voluntades de los dos grandes Libertadores de Sudamérica.

El del Sur proclamó la independencia peruana. El del Norte la realizó. Entre ambos remataron gloriosamente la obra iniciada en los equidistantes y remotos extremos hacía catorce años y proseguida hasta entonces sin vacilaciones, a costa de sangre y de ruinas. En Junín y Ayacucho

culmina triunfalmente el proceso devastador de la guerra y se extingue para siempre el poderío colonial. Es entonces cuando Bolívar, justamente enajenado de gozo, puede decir a sus soldados: “Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais. El Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile, también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios”.

Campana de Junín

Catástrofes inesperadas ocurrieron en la América española en el curso de su revolución. Una de las más sorprendentes fue la del Perú, a fines de 1823 y principios de 1824. La República fundada con tanta gloria en 1821 por el general San Martín, herida de muerte por las derrotas de Ica, Moquegua y Torata quedó aniquilada a consecuencia de la desastrosa campaña del Desaguadero y de la defección de las tropas argentinas que custodiaban al Callao. En esos momentos terribles, el Congreso de la República expirante nombró a Bolívar dictador el 10 de febrero de 1824.

Los movimientos opuestos que agitaron a toda la América española, en 1820 y 1821, a favor de las ideas liberales y de la independencia, y tres años después, hacia el absolutismo y la sumisión a la Madre Patria, correspondieron a transformaciones análogas, ocurridas en España al derribar la revolución de Riego y Quiroga el poder absoluto, y al restablecimiento de este último, por un ejército francés. Cada una de estas mutaciones de sistema y de gobierno en la Península —así como las ocurridas en años anteriores debidas a los vaivenes de la ocupación francesa y de la guerra de liberación— produjeron en América repercusiones profundas. Este fenómeno se observó en todas las colonias españolas, señalándose sus mayores o menores efectos según el estado político de cada una; y el del Perú, en los días a que nos referimos, era el más propicio al hundimiento del partido independiente.

En efecto, arruinado el país por tres años de guerra y de trastornos y fracasado militarmente el partido republicano, la opinión se inclinó al régimen antiguo, bajo el cual el Perú, próspero y tranquilo, había ejercido la supremacía sobre las colonias vecinas. En esta situación moral, las derrotas militares y la sublevación de las tropas del Callao quitaba toda esperanza de un pronto resurgimiento. Solo algunos patriotas, como el eminente Sánchez Carrión y el ilustre Hipólito Unanue y una minoría de militares y ciudadanos de diversas clases sociales, permanecieron fieles a la República. Los españoles, dueños de la sierra peruana y del Alto Perú,

alcanzaron tal preponderancia que pudieron aspirar al dominio completo del virreinato.

Desde su llegada al Perú, en septiembre de 1823, Bolívar intentó emprender diversas operaciones sobre la cordillera, empleando sus propias fuerzas y las del Gobierno peruano, pero la escisión de Riva Agüero y la anarquía general hicieron nugatorios sus esfuerzos e imposible toda acción común contra el enemigo. Forzado por esta situación desesperante y resuelto a arrostrar toda clase de dificultades, marchó en campaña hacia el norte, contra el presidente Riva Agüero; y disuelto el partido rebelde, apenas regresaba el ejército colombiano de extensas marchas a lo largo de la cordillera Andina, prolongadas hasta la región de Cajamarca, en el extremo norte del Perú, cuando ocurrió la destrucción de la República, señalada en las líneas anteriores. De manera que el Libertador, abandonado por casi todo el tren político y militar, se encontró aislado en los departamentos de la Costa, Trujillo y Huánuco, sosteniendo él solo la bandera de la independencia, con el ejército colombiano reducido a 5000 combatientes, y unos cuantos centenares de peruanos desmoralizados, en su mayor parte pertenecientes al desbandado ejército disidente.

Al recibir la primera noticia de la rebelión de las tropas del Callao, Bolívar, enfermo en Pativilca, ordenó cuantas medidas se podían tomar para contener a los rebeldes, y en último caso, si se pasaban a los enemigos, como parecía probable, salvar los elementos militares existentes en Lima y levantar un empréstito para sostener la escuadra. La comisión fue conferida a los jefes argentinos Martínez y Necochea, por la influencia que podían tener sobre los sublevados, pero era tal el descrédito de los independientes que estos generales lograron muy poco. Bolívar se proponía salvar la escuadra sin la cual la causa del Perú podía considerarse perdida, incendiar los buques españoles y privar a los contrarios de cuantos recursos pudieran servirles. Para dar más fuerza a sus órdenes, las acompaña de principios fundamentales: “El único objeto de la guerra —recuerda a Necochea— es la destrucción del enemigo”¹, principio seguido por todos los grandes guerreros; desconocido por las escuelas amaneradas de fines del siglo anterior, propagado de nuevo cuando se dieron al público

1 Simón B. O’Leary, Oficio de Pativilca de 27 de febrero de 1824, *Memorias del general O’Leary*, t. XXII, Imprenta de “El Monitor”, Caracas, 1883, p. 37.

las obras de Bonaparte, y más tarde al adoptarlo Clausewitz como base de su célebre teoría de la guerra².

Previendo los sucesos infaustos que se desarrollaron en el Perú, Bolívar había enviado a Bogotá, el 22 de diciembre, a su edecán Ibarra a solicitar del Gobierno y del Congreso 9000 hombres, además de los 3000 pedidos al Gobierno cuando resolvió pasar a Lima; es decir, que el edecán fue a solicitar 12 000 hombres, considerados necesarios para asegurar la suerte del Perú. Los enemigos —decía en su nota al secretario de la Guerra—, dueños de los minerales del Alto y Bajo Perú, pueden adquirir la preponderancia marítima, sitiar el Callao, enviar expediciones a Guayaquil y a Esmeraldas, y marchar por tierra a Loja y Cuenca. Es más fácil, añadía, defender a Colombia en el Perú con 8000 hombres que en Quito con 12 000, porque la plaza del Callao, los desiertos de la Costa y los riscos de la sierra presentan obstáculos difíciles de superar. Dispuesto a hacer el sacrificio de su reputación por alejar la guerra de la “Nación a quien dio el ser”, exigía que se sometieran al Congreso estas consideraciones a fin de que se sirviera acceder al envío de los 9000 hombres que reclamaba³.

Todo esto fue expuesto antes de la catástrofe del Callao y luego se expresaba en estos términos:

Hace ocho o diez meses que he pedido de Colombia el auxilio de 3000 hombres. Si hubieran llegado en todo este tiempo corrido reuniríamos 10 000 combatientes con qué dar ahora mismo una batalla y salvar al Perú⁴. Hasta ahora sé que solo han llegado 400 hombres del Magdalena al Istmo, de los cuales ha tomado Salom 200 contra Pasto. Carreño tuvo la bondad de mandarme su batallón del Istmo, de los cuales solo se han incorporado a nuestras filas 240 hombres, porque los demás han resultado enfermos, inválidos o desertores⁵.

2 Copiando la propaganda realista durante la guerra, la mayor parte de los historiadores suponen erróneamente que Bolívar posponía operaciones importantes a la ocupación de Caracas, a pesar de que los hechos y enunciados suyos en aquellas campañas, idénticos al citado en el texto, prueban lo contrario.

3 O’Leary, *op. cit.*, t. XXI, pp. 192 y 193.

4 Oficio de 10 de febrero de 1824, *ibid.*, pp. 478 y 479.

5 Carta a Santander de 10 de febrero de 1824, en *Cartas del Libertador*, t. IV, ed. a cargo de Vicente Lecuna, Lit. y Tip. del Comercio, Caracas, 1929, pp. 78 y 80.

Tales fueron sus empeños respecto a los 3000 hombres que el Gobierno podía enviarle sin nueva autorización del Congreso, y mientras tanto, a pesar de estos y de otros requerimientos, los buques de transporte permanecieron detenidos en Panamá por falta de tropas.

En una comunicación posterior, quejándose de la lentitud del Gobierno de Colombia y aludiendo a los males que podían sobrevenir, le decía que su “suerte y la del ejército de su mando era invariable: morir o triunfar en el Perú”⁶.

Los empeños de Bolívar no eran exagerados: una derrota de los independientes en aquel teatro principal de la guerra americana podía tener consecuencias funestas: “Al perderse el Perú —escribía al vicepresidente, el 16 de marzo—, se pierde todo el sur de Colombia y los enemigos serán recibidos en los valles de Neiva para combatirlos si podemos”⁷. El Perú se puede defender con un ejército, pero en el Ecuador, por las entradas naturales del país, “se necesitan dos, uno en Cuenca y otro en Guayaquil”⁸.

El Gobierno de Colombia se detenía ante las dificultades internas. Aunque el capitán general Morales había capitulado en Maracaibo el 20 de agosto de 1823, la plaza de Puerto Cabello no se rindió sino el 8 de noviembre. A esto se agregaba que las guerrillas de Pasto distraían algunas fuerzas. Tales eran las razones en que podía escudarse el Gobierno para no remitir al Perú, sino tarde, y en diversas partidas, los 3000 hombres que por orden del Libertador presidente había convenido enviar desde el principio de la campaña. Como hemos visto, del Batallón Istmo, despachado por Carreño desde Panamá en octubre del año anterior, solo se incorporaron al ejército, por el momento, como la tercera parte de los soldados; la columna principal, conducida por el intrépido Córdova llegó el 25 de marzo a Pacasmayo y otros puertos, en dispersión y con grandes pérdidas; luego arribaron varias partidas de diversos cuerpos y por fin, el completo de los 3000 hombres consistente en el Batallón Zulia, antes Caracas, a cargo del valeroso Manuel León, y un cuadro de Dragones de Venezuela de Juan Álvarez partieron de Maracaibo, pero no pudieron llegar al ejército sino después de la batalla de Junín, lo mismo

6 O’Leary, Oficio de 31 de marzo de 1824, *op. cit.*, t. XXII, pp. 193 y 194.

7 Carta a Santander de 16 de marzo de 1824, en *Cartas del Libertador*, *op. cit.*, pp. 107 y 108.

8 Carta a Santander de 10 de febrero de 1824, *ibid.*, p. 81.

que el escuadrón de Guías de la Guardia, enviado del Ecuador, al mando del excelente oficial Pedro Alcántara Herrán. Estos fueron los refuerzos mandados al Libertador sin contar algunas partidas de reclutas ecuatorianos destinados a reemplazos. En cuanto a los 9000 hombres restantes, el Gobierno necesitaba la autorización del Congreso para enviarlos al Perú, y aunque el cuerpo legislativo la otorgó el 6 de mayo, como no había nada preparado al efecto, los contingentes no partieron sino varios meses más tarde y empezaron a llegar al Perú después de la batalla de Ayacucho. De manera que si los españoles reúnen todas sus fuerzas y marchan sobre los colombianos, Bolívar habría tenido que empeñar acciones aventuradas como en sus más difíciles campañas de Venezuela. Preparado para todo, tuvo la fortuna, como veremos adelante, de que la anarquía estallara en los contrarios, declarándose el general Olañeta en el Alto Perú contra el virrey La Serna, establecido en el Cuzco, y de que este desatendiera a los independientes por someter al rebelde. Sucesos tan inesperados le evitaron los más grandes peligros⁹

9 Monto total de las fuerzas colombianas auxiliares del Perú, sin contar las que llegaron después de la batalla de Ayacucho:

| ENVIADAS POR EL LIBERTADOR: | HOMBRES | |
|--|--------------|-------------|
| 23 de marzo de 1823 | 3000 | |
| 18 de abril de 1823 | 2450 | |
| 15 de mayo de 1823 | 864 | |
| 8 de agosto de 1823 | 1365 | 7679 |
| DESPACHADAS POR AUTORIDADES DE COLOMBIA: | | |
| 31 de octubre de 1823 (O'Connor) | 300 | |
| 10 de marzo de 1824 (Córdova) | 900 | |
| 23 de abril de 1824 (Figueredo) | 1050 | |
| 22 de mayo de 1824 (León) | 908 | |
| 5 de junio de 1824 (Herrán) | 163 | 3321 |
| TOTAL | 11000 | |

El Batallón Istmo llegó al Perú parte en la primera y parte en la tercera de estas expediciones. El 8 de octubre partieron de Guayaquil el escuadrón Lanceros de Venezuela y dos compañías de reclutas del Ecuador, por todo, 307 hombres que se destinaron al sitio del Callao. El 9 de julio, el secretario Tomás de Heres dijo, desde Huánuco, al secretario de Guerra y Marina de Colombia, lo siguiente: "He dado cuenta a S. E. el Libertador de la comunicación de V. S. de 20 de mayo número 10, y S. E. me manda contestar a V. S. que hasta hoy S. E. no ha forzado al señor comandante general del Istmo a que remita al sur de la república ni las tropas, ni las

El ejército colombiano, desde los valles de Huaraz y Huánuco, en la cordillera, daba el frente al ejército español del norte acantonado en Jauja y Tarma, y protegía la reorganización de las tropas peruanas. Siendo los enemigos superiores en número, hasta el punto de poder atacar a los independientes con fuerzas dobles o poco menos, Bolívar mandó a preparar todo para retirarse hacia el Ecuador o enfrentarse a los españoles, según los casos, en posiciones fuertes en el centro de la cordillera, como en los desfiladeros de Corongo y Mollepata, propias para resistir a fuerzas superiores, o en la meseta de Huamachuco, donde podía obrar la caballería, todo esto en previsión de que no llegaran a tiempo los refuerzos insistentemente pedidos a Colombia. En uno de tantos amagos del enemigo sobre Cerro de Pasco, asiento de las primeras avanzadas de los republicanos, Sucre, en conocimiento de que los españoles habían destacado algunos batallones al ejército del sur, propuso al Libertador tomar la ofensiva, con el ejército colombiano, contra el ejército español del norte, reducido en aquellos momentos a 6000 hombres, pero defirió a la opinión de Bolívar, resuelto a mantenerse a la defensiva mientras reforzaba el ejército y repónía su material, destrozado en las marchas y contramarchas de la reciente campaña pacificadora en el norte del Perú.

Perdidos todos los elementos militares de la República en Lima y el Callao, y tardando los auxilios de Colombia, fue necesario crearlo todo para aumentar y arreglar el ejército, cuyo equipo se había destruido. Facilitó esta obra de paciencia e ingenio de los jefes republicanos, la extraordinaria aptitud de los pueblos del Perú y de los colombianos del sur, en las industrias manuales. De Lambayeque se sacaron zapatos, sillas, pieles de lobo y cordobanes; Cajamarca dio telas de lana y algodón. En Trujillo se fabricaban cantimploras, lanzas, clavos y suelas y se adobaban las herraduras. De las minas de Huamachuco se extrajo plomo. En Huaraz se hacían bayetas de lana y se teñían de diferentes colores. En esa misma ciudad se fabricaban espuelas con hierro viejo y morriones con

armas, ni las municiones destinadas a aquel importante departamento. S. E. ha estado hasta el día persuadido de que las tropas y elementos de guerra que se le han remitido del Istmo, eran a cuenta de los 7000 fusiles y de los 3000 hombres que el Gobierno ha prometido destinar al sur. Por lo que pueda convenir, S. E. me ha ordenado poner en el conocimiento del Gobierno que hasta la fecha no ha recibido S. E. por la vía del Istmo, sino 5000 o 6000 fusiles y 1500 hombres" (O'Leary, *op. cit.*, t. XXII, p. 363).

correas de cuero bien curtido. Los Conchucos producían paño de mercilla, propio para pantalones y pañetes para capotes. En Yungay y Carhuaz, en el Callejón de Huaylas, donde pastaba la caballería en abundantes alfalfares, se construían herraduras y clavos, sillas y correas. A Guayaquil se pidieron lanzas largas y fuertes al estilo apureño; suelas, pitas, hierro de Vizcaya, pólvora, plomo y fusiles. En este importante departamento, fuente principal de recursos de la campaña del Perú, se construyeron además vestuarios y capotes con paños de Quito. Estos trabajos se facilitaban porque el Libertador conservaba, en los departamentos del sur, las facultades extraordinarias que le había concedido el Congreso, en los lugares que fueran el teatro de sus operaciones, y las había delegado, en las materias de hacienda y guerra, en el general Salom.

Fuera del uniforme de parada, de que disponían solamente algunos batallones, el ejército se vistió con elementos indígenas: chaquetas de bayeta de diferentes colores, según los cuerpos, pantalones blancos de bayeta, camisas de algodón azules con cuello y vueltas verdes. Bolívar y Sucre dirigían e impulsaban las maestranzas; personalmente en ciertos casos, se ocupaban de enseñar a teñir, de trazar moldes y de vigilar la labor.

La consecución de caballos y el sistema de herrarlos para resistir las marchas en la cordillera, fue la constante preocupación de Bolívar y el objeto a que dedicó más cuidados no solo en la organización del ejército, sino en toda la campaña.

Pero no bastaba arreglar de un todo el ejército: era necesario habituarlo a la cordillera, y al efecto, el Libertador dispuso ejercicios convenientes para que los soldados se acostumbrasen al soroche y a las punas, a las marchas continuas sobre terrenos pendientes, y según su expresión pintoresca, a saltar sobre las peñas como los guanacos, en cuyo país debían hacer la guerra.

A pesar del orden y de la economía más severa, de acuerdo con la práctica continua del Libertador, pronto se agotaron los recursos de los pueblos a quienes se quitaban reclutas, granos y caballos. Entonces se impusieron contribuciones extraordinarias, y no bastando estas, se embargaron las rentas de los curatos vacantes, y se decretó, primero, la venta de las haciendas del Estado hasta por el quinto de su valor; y por último, el embargo de la plata labrada y joyas de oro de las iglesias, empleándose

todos estos arbitrios en sostener la administración y las tropas y en formar la caja del ejército para las operaciones activas.

De la grandiosa obra política y militar de San Martín, O'Higgins y Cochrane, solo quedaban algunas fuerzas marítimas. Veinte mil pesos en plata labrada de las iglesias, enviados al discolo almirante Guise y acopios de víveres puestos a su orden en algunos puertos del departamento de la Costa, bastaron para mantener el servicio de sus buques. El 25 de febrero, por encargo de Bolívar, este marino atacó los buques anclados en el Callao e incendió dos fragatas, pero sus fuerzas, y las inferiores en calidad de Colombia, no bastaron a dominar el mar, y a extirpar a los corsarios. En julio el almirante repitió su hazaña del Callao, llevándose, bajo los fuegos de los castillos, un bergantín y tres cañoneras e incendiando una corbeta, y en unión de los buques de Colombia al mando de Tomás Carlos Wright, se aprestaba a hacer frente al navío *Asia* y al bergantín *Aquiles*, enviados de España, y esperados por momentos en el Perú.

Los amagos continuos de ataque de los españoles, en los primeros meses de 1824, no pasaron de alarmas, porque desde fines del año anterior había ocurrido, como va dicho, una grave escisión en el partido realista, rebelándose en el Alto Perú el general Olañeta, de ideas absolutistas, contra la autoridad del virrey La Serna, inclinado, como algunos de sus tenientes, al sistema liberal. Mas este grande acontecimiento, causa de la inactividad de los españoles durante varios meses y de la marcha de Valdés desde el Cuzco, donde residía el virrey, al Alto Perú, contra Olañeta, no se supo en el cuartel general del ejército unido, por las enormes distancias que los separaban, sino en abril¹⁰, y no se pudo aprovechar desde luego, porque, aunque el ejército se había reforzado con reclutas y pequeños contingentes llegados de Colombia, y mejorado gran parte de su material, todavía faltaban muchos objetos indispensables a la campaña y se esperaba un refuerzo de Colombia, próximo a llegar.

Los españoles, dueños de casi todo el país, de la capital y del Callao, se consideraban invencibles. Disponían de 25 000 hombres, de los cuales tenían 16 000 en las operaciones activas y los demás, en las guarniciones. Sus soldados, casi en totalidad peruanos, marchaban con velocidad que en ningún otro país se ha podido igualar. Vencedores en varias campañas,

10 *Ibid.*, p. 227.

habían desarrollado sus virtudes guerreras. Los oficiales, españoles de largos servicios en el Perú, o peruanos valientes de familias distinguidas, daban carácter nacional al ejército real, mientras el ejército libertador, en su mayor parte, era considerado extranjero. No se puede negar a los jefes españoles brillantes cualidades militares, pero el orgullo castellano, o el menosprecio a los insurgentes, no les permitió apreciar en su exacto valor la tempestad que se preparaba en el norte. Aun admitiendo los extravíos de la pasión política, tan exagerados en las luchas civiles, y la ceguedad y testarudez de algunos jefes españoles respecto a la revolución y sus hombres, sorprenden los juicios emitidos por Valdés, en muchos documentos:

Demos el caso —escribía a Canterac— que Bolívar se adelantase más acá de Cerro de Pasco e intentase un ataque contra el ejército del mando de V. E., y que este por sí solo no fuese bastante a contrarrestarle, ¿qué perderíamos en abandonar el Valle (los ricos valles y meseta de Jauja) momentáneamente? ¡Ojalá Bolívar intentase dicho movimiento!

Canterac, más consciente y mejor informado, no participaba de este optimismo y Valdés le replicaba:

Por más que Vd. me diga, yo no puedo encontrar que sea tan sobresaliente Bolívar, en cambio es grande su ferocidad. Como militar nada ha hecho jamás más que en Quito, y sobre Cartagena, sitiador, capituló y entregó el ejército a los sitiados, primer ejemplo que ofrece la historia; opinión, que es la piedra de toque, no tiene ninguna; las tropas que fueron del Perú le tienen, desde el primer jefe hasta el último soldado, odio mortal, y sus tropas por bisonías y otras causas, son poco a propósito para moverse y batirse, por lo que no juzgo posible que busque a Vd.¹¹.

11 Nota oficial y carta de Cochabamba, del 3 y 4 mayo de 1824, en Conde de Torata, *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, t. IV, ed. de Fernando Valdés Héctor Sierra y Guerrero (conde de Torata), Madrid, 1896, pp. 291 y 294. Es superfluo advertir que la supuesta capitulación de Bolívar en Cartagena solo existió en la mente de Valdés.

Este jefe tan distinguido por su desprendimiento, actividad y valor, tenía una venda sobre los ojos, y por desgracia para el partido de la Madre Patria, sus decisiones y consejos tuvieron grande influjo entre los suyos. El virrey La Serna, enteramente de acuerdo con él, no quería avanzar demasiado hacia el norte por temor de que Bolívar, aun en el caso de retirarse, ante el avance de los españoles, enviara por mar una fuerte expedición a Arica y le arrebatará los ricos departamentos del sur; a tiempo que lo llenaban de desconfianza las ideas ultrarrealistas de los políticos del partido de Olañeta. Por todo esto, escribía a Canterac el 25 de abril:

Creo que si Vd. se hallara en mi lugar no estaría tan resuelto a decidirse por reunir todas las fuerzas disponibles al norte para operar sobre Bolívar; pues el dejar el sur en poder de Olañeta, expuesto a cualquier expedición enemiga que llegue a la costa de Arequipa, es un poco duro para el que tiene la responsabilidad¹².

Y más adelante, cuando ya era tarde, la víspera de Junín, le decía: “Si debimos o no atender primero a Bolívar que a Olañeta es cuestión que solo el tiempo decidirá el que acertó, puesto que entonces había razones para dudar cuál sería lo mejor”¹³. La Serna, modesto y juicioso, pero cegado por la fortuna, alegaba al exponer su opinión los éxitos ininterrumpidos obtenidos bajo su dirección por el partido del rey, en las tres últimas campañas, tanto en el Perú como en el Alto Perú.

Pero si en lugar de emprender la campaña del Alto Perú los españoles hubieran reforzado el ejército del norte, de manera de presentar en línea, en febrero o marzo, de 9000 a 10 000 combatientes de todas armas, habrían causado quizás daños sensibles al ejército colombiano, batiéndolo u obligándolo a retirarse; daños que han podido alcanzar graves proporciones en caso de una retirada general al Guayas, por las reacciones naturales que tan funesto acontecimiento debía producir en Colombia¹⁴.

12 Carta de Yucay de 25 de abril de 1824, *ibid.*, p. 137.

13 Carta del Cuzco de 25 de agosto de 1824, *ibid.*, p. 174.

14 En el *Observador Caraqueño*, por ejemplo, del jueves 13 de mayo de 1824, se inserta una crítica de la expedición, presagio de la tempestad que habría desencadenado la retirada o algún suceso infausto.

Mas los jefes españoles prefirieron emprender las operaciones contra Olañeta, quien fácilmente pudo evadir la persecución retirándose al sur, de donde estableció buenas relaciones por vía de Buenos Aires con el nuevo Gobierno absolutista instalado en Madrid, y el virrey y sus amigos perdieron la más bella oportunidad de salir adelante en su empresa.

Cuando Canterac tuvo conocimiento de la entrega del Callao al partido español, destacó de Huancayo hacia Lima la división del general Monet. Este jefe, incorporando en el tránsito la división del general Rodil, proveniente de Ica, siguió a su destino, ocupó entre aclamaciones entusiastas la capital y el Callao el 29 de febrero, y organizado el nuevo Gobierno y abastecidas de víveres las fortalezas, regresó a Jauja por el transitado camino de la quebrada de San Mateo, emprendiendo su marcha el 17 de marzo, y llevando al ejército de Canterac el Regimiento del Río de la Plata, nombrado ahora Regimiento de la Lealtad o del Real Felipe, y gran número de los excelentes jinetes argentinos del Regimiento de Granaderos de los Andes, que se habían pasado a los enemigos, los cuales fueron incorporados por Canterac a su brillante caballería¹⁵. Con estos y otros refuerzos, el general español pudo elevar su ejército a 7000 infantes y 1300 caballos.

Terminados los arreglos del ejército unido, el Libertador dio órdenes a fines de mayo de mover los cuerpos para concentrarlos y cruzar los pasos de la cordillera Blanca, los más altos del mundo transitados por tropas regladas. Las divisiones Lara y La Mar debían efectuar extensas marchas

15 Andrés García Camba, *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú, 1809-1821*, t. II, s/e, Madrid, 1846, p. 166. Algunos de estos argentinos desertaron de los españoles, pero la mayor parte quedaron a su servicio. Es justo señalar las causas de la rebelión de esta fuerza en el Callao: “Las tropas de Buenos Aires —escribió Bolívar a Santander el 16 de marzo— estaban en tan mal estado que han perdido a Lima y el Callao por falta de disciplina, de moral, de raciones y de sueldos. Mientras que yo me vine contra Riva Agüero, estaban haciendo morir de hambre la guarnición de Colombia en el Callao, y la mandé sacar de allí porque los jefes temían que se sublevarsen por desesperación, pues comían inmundicias, cueros crudos y por poco se mueren de hambre. Mandé al general Martínez, de Buenos Aires, amplias facultades para que mantuviese bien su división, sin contar para nada con el Gobierno. Y este general no hizo nada por consideraciones con Torre Tagle. Yo iba para Lima y me enfermé en Pativilca y no pude atender a nada; sin dejar de hacer los reclamos más violentos al Congreso y al Gobierno” (*Cartas del Libertador*, op. cit., p. 108).

de norte a sur, de sus cuarteles de Huamachuco, Trujillo y Cajamarca al valle de Huaraz, y las existentes en este extenso de la división Córdova, se correrían un poco al sur, al valle de Chiquián. Situado así todo el ejército en dos valles inmediatos podía trasladarse en un momento al otro lado de la gran cordillera, a caer juntos en los altos valles de las fuentes amazónicas. El general Sucre protegería esta operación con tropas situadas del otro lado desde hacía algún tiempo, a saber: el Batallón Bogotá, a cargo del experto coronel León Galindo, un escuadrón de Granaderos de Colombia, el Batallón N.º 1 del Perú y dos escuadrones de Húsares peruanos. El coronel O'Connor, subjefe de Estado Mayor, hacía la descubierta y más adelante, en Cerro de Pasco, el coronel Soler y el general Miller, con algunas guerrillas, observaban al enemigo.

El general Sucre —escribe este oficial inglés en sus *Memorias*— desplegó desde el comienzo de la campaña el saber más profundo, y el juicio más exquisito, en las disposiciones que adoptó para facilitar la marcha del ejército a Pasco, distante cerca de 200 leguas de Cajamarca, por el terreno más áspero, del país más montañoso de la tierra¹⁶.

Fue necesario reparar muchos pasos de los caminos y construir barracas de trecho en trecho, en aquellos inmensos yermos, a fin de guarecer los soldados en las noches heladas, y así se cobijaron en muchas jornadas, mientras a los caballos los cubrían con mantas.

A mediados de junio, las divisiones atravesaron la cordillera Blanca por las tres vías de Huaraz a Chavín, de Recuay a Huallanca y de Chiquián a Jesús, siguiendo los caminos más difíciles de la tierra y salieron casi a un tiempo a los puntos asignados, de donde podían fácilmente reunirse en corto tiempo. Las tropas en estas marchas se extendían extraordinariamente en senderos que apenas daban paso a un hombre. En ciertos lugares tomaban descanso por la dificultad de la respiración en el aire enrarecido. En las pascanas, construidas expresamente, encontraban víveres y leña en abundancia. El Libertador cruzó la cordillera por la vía de Huaraz, Olleros, Chavín y Aguamiro; pasó por el portachuelo

16 John Miller, *Memorias del general Guillermo Miller*, t. II, Librería de Victoriano Suárez, Madrid, 1910, p. 130.

de Yanashallash, entre gruesas nevadas, al sur del gigantesco Huascarán, y luego de revisar los cuerpos en Lauricocha y Huánuco, en el centro de las fuentes amazónicas, adelantándose al ejército, fue atrevidamente con una escolta hasta Cerro de Pasco, a reconocer el terreno. Estuvo allí dos días y devolviéndose hacia el norte, se estableció primero en Huánuco y luego en Huariaca, punto de paso de las tropas.

A principios de julio se tomaron toda clase de precauciones para reunir al ejército rápidamente en Cayna, en vista del anunciado avance de los enemigos, cuando Canterac —como veremos— llegó hasta Cacas; pero no prosiguiendo adelante los enemigos, la reunión se dispuso cerca de Michivilca, en lo alto del valle del Huácar. Efectuada la concentración, el ejército seguiría marchando sobre el laberinto de sierras y valles que constituyen el nudo de Pasco, o sea, el conjunto de macizos en que se reúnen los tres ramales de los Andes, desprendidos del norte, para después abrirse en las dos grandes sierras que bordean de norte a sur todo el resto del territorio del Perú, y al efecto, debía ascender de nuevo, siguiendo las quebradas de Yanahuanca y Huariaca, y un estribo intermedio, estudiados por Sucre con anticipación¹⁷, y salir a la alta meseta de más de 4350 metros sobre el mar, asiento de la ciudad de Cerro de Pasco, de celebridad secular por sus minas, donde penetró el 10 de agosto.

Noticias recibidas en estos días en el cuartel general

permiten creer —escribía Bolívar al secretario de Estado en los Despachos de Guerra y Marina de Colombia— que el general Olañeta, calculando sus verdaderos intereses, se retire con sus fuerzas cuando no a Salta, al menos a Tupiza, en cuyo caso tendrán que seguirlo sus contrarios y alejarse así inmensamente del general Canterac. Estos sucesos tan desagradables para los enemigos han aumentado la moral del ejército y alimentan las esperanzas de los patriotas, porque el general Canterac no puede contar con refuerzos del sur¹⁸.

17 En la correspondencia de Sucre (O'Leary, *op. cit.*, t. I, p. 112) puede verse el croquis de estos caminos hecho por el Mariscal.

18 Oficio de 27 de julio, notable como todos los de su autor, inédito. El Libertador anuncia que la batalla decisiva en el Alto Perú, dada poco después, el 17 de agosto, se esperaba en el curso del mes de julio. Esta pieza se halla en el copiador de la Secretaría, Archivo del Libertador.

El Libertador pasó revista a las tropas en el llano del Sacramento, inmediato a la hacienda de la Sacra Familia,

allí —dice el general Miller—, en medio del espectáculo más grandioso de la naturaleza, estaban reunidos hombres de Caracas, Panamá, Quito, Lima, Chile y Buenos Aires; hombres que se habían batido a orillas del Paraná, en Maipó, en Boyacá, en Carabobo, en Pichincha y al pie del Chimborazo. En medio de aquellos americanos valientes defensores de la libertad, había algunos extranjeros fieles aún a la causa, en cuyo obsequio perecieron tantos otros paisanos suyos. Entre ellos se hallaban algunos que habían combatido a orillas del Guadiana y del Rin, y que presenciaron el incendio de Moscú y la capitulación de París¹⁹.

Al recorrer Bolívar las filas, las aclamaciones y los vivas llenaron el aire, y situándose en el centro pronunció estas proféticas y elocuentes palabras:

¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el Cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud. ¡Soldados! Los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos, ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates. ¡Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la Paz, hija de la Victoria; y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. ¿La burlaréis? ¡No! ¡No! Vosotros sois invencibles²⁰.

En la revista se hallaron presentes 7700 hombres, de los cuales 1000 eran de caballería. El Batallón Caracas y los escuadrones de Venezuela y Guías de la Guardia, recién llegados de Colombia, venían acercándose, pero no se incorporaron sino después de Junín; con este contingente, el ejército reunió 9000 hombres.

En el archivo de Bolívar solo se han conservado los informes enviados por los exploradores y espías del 5 al 9 de julio; sin embargo, ellos solos

19 Miller, *op. cit.*, p. 140.

20 Escrita el 29 de julio; ante las tropas, el Libertador añadió otros conceptos análogos.

arrojan bastante luz sobre los proyectos del caudillo español. Unos decían que Canterac pensaba retirarse a Huamanga o a Huancavelica, hacia donde había mandado las maestranzas, el parque de artillería y los prisioneros, y que por esto mucho antes se había desprendido de los batallones de Gerona y 2.º del Imperial, a las órdenes de Carratalá en auxilio de Valdés. Pero según otros, tenía fortificaciones en Tarma, en los altos de Cachi Cachi y en los pueblos de Jauja a Huancayo, a la margen izquierda del Mantaro; adelantaba tropas hacia el norte y ya tenía algunas acampadas de Palcamayo a la Capilla, a la vez que otras avanzaban a Tarma y Acobamba, y el Batallón de Cantabria a Llochlla, a tres leguas de Jauja; y “según dicen en estos pueblos —afirmaba uno de los espías— han de ir hasta Huánuco”, donde se hallaban desde hacía tiempo, como hemos expuesto, los cuerpos avanzados de Sucre, encargados de cubrir los pasos de la gran cordillera.

El 4 de julio, encontrándose Bolívar con solo una escolta en Cerro de Pasco, los españoles avanzaron 300 jinetes y 20 infantes hasta Carhuamayo, a ocho leguas de distancia, y quemaron más de veinte casas de este pueblo y luego retrocedieron a Cacas, sin entrar a Reyes. Esta vez trajeron rancho y forrajes, porque ellos mismos habían devastado el país, y como en otra correría anterior regresaron sin llevar ganado. Canterac se había quedado esperándolos en Cacas, seis leguas atrás, y allí estuvo hasta el 7 de julio, con 1500 a 2000 hombres, mitad infantes y mitad jinetes, y al parecer solo se proponía recoger datos circunstanciados sobre los movimientos del ejército libertador a través de la cordillera Blanca, de los cuales tenía naturalmente algunas noticias. Estos reconocimientos los efectuaban los españoles por el camino directo y poblado a la izquierda del Mantaro, y del otro lado, es decir, por el camino de Yauli a Pasco, habían quemado los techos de las casas y obligado a huir a los habitantes²¹.

El servicio de información, manejado directamente por Bolívar y Sucre, estaba a cargo de varios oficiales y de naturales adictos a la independencia de esos lugares. El general Miller mantenía la guerrilla del comandante Fresco en Ninacaca y Carhuamayo y otras en diversas vías, y cuando el enemigo se retiraba iba personalmente en exploración hasta Reyes y Cacas y a otros puntos de la gran meseta de Junín, a la vez que

21 En estos pueblos las paredes de las casas eran de piedra seca y los techos de paja.

el experto coronel Althaus, con prácticos de la tierra, se deslizaba por caminos transversales más adelante, hasta las cercanías de Tarma y Jauja, y así entre los dos exploraron toda la región a la izquierda del Mantaro, mientras el coronel argentino F. de P. Otero recorría con pocos hombres y algunos oficiales la banda de la derecha de este río, desde Cerro de Pasco hasta Yauli, pueblo situado al oeste de Tarma. Según carta de este oficial, del 8 de julio, al secretario Tomás de Heres, el Libertador ya tenía informes precisos de las distancias y accidentes de esta vía, por la cual no se podía, según Otero, marchar cómodamente porque de Cochamarca a Yauli no había casas con techos, ni bosques donde se pudiera cortar madera para ramadas; los habitantes habían huido, no se encontraban papas, que sería necesario traer de Canta, ni se conseguían champas, ni boñiga para combustible, y el ganado vacuno era muy escaso. Del propio Yauli, de Chacapalpa y otros puntos de la derecha del Mantaro, también se enviaban informes directos por agentes especiales y guerrilleros, y del conjunto de toda esta información resultaba que Canterac solo había tomado medidas de defensa en el camino directo de Pasco a Jauja, y arruinaba las habitaciones del otro lado del Mantaro, de Cochamarca a Yauli, hasta dejar intransitable ese trayecto inclemente y devastado. Sin embargo, apreciando el Libertador la conveniencia de marchar por esta vía, para sorprender a los enemigos empeñados en obrar en la otra, había ordenado el 7 de julio, al general Cirilo Correa y al guerrillero José María Guzmán, situar ganado suficiente en Carhuacayán, y acopiar en Yauli y otros pueblos el mayor número de champas secas, boñigas de vaca y leña de Huamanpinta en gran cantidad; y luego el 19 encomendó a Miller tomar las medidas necesarias para conducir a fines del mes las guerrillas de Mier, Peñaloza y Fresco a los llanos de Reyes, y las de Guzmán, el padre Ferreros, Delgado y Peñaranda, a las órdenes de Otero, hacia Chacapalpa, para cubrir así ambos caminos y observar al enemigo; y el 22 le dijo el secretario: “Por diferentes partes ha sabido S. E. que los enemigos están quemando los pastos y los pueblos. En consecuencia, S. E. me manda decir a V. S. que haga cuantos esfuerzos estén a su alcance para impedir que los enemigos quemen nada de lo que hay preparado para el ejército, ni nada de cuanto V. S. considere que pueda serle útil”.

El 2 de agosto se empleó en preparativos de marcha. Se entresacaron de las filas los cansados, para enviarlos a Pasco, y se repartieron municiones. Colocado el ejército en la región donde se abren las dos cordilleras que se dirigen al sur, podía marchar a uno u otro lado de la hermosa laguna de Chinchaycocha o de Junín, situada varias leguas adelante en una extensa y desolada meseta, a 4200 metros de altura sobre el mar. Sabiendo Bolívar que el ejército enemigo permanecía en los ricos y poblados valles de Jauja a treinta y dos leguas de Pasco, y tenía sus avanzadas en el camino directo de Reyes y Carhuamayo, al oriente de la laguna, tomó el camino al occidente de esta última, con el propósito previsto de sorprenderlo, cortar sus comunicaciones y obligarlo a una batalla, aun cuando encontrara desiertos sus escasos pueblos y tuviera que atravesar extensos yermos helados; y al efecto, además de los víveres y forrajes conducidos con las tropas, renovó las órdenes de preparar cuanto pudiera hacer falta en el tránsito.

El 3 de agosto el ejército fue a dormir a Cochamarca a siete leguas de Cerro de Pasco, y el 4 a la hacienda solitaria del Diezmo, distante cinco leguas adelante. En esta segunda jornada se tuvieron las primeras noticias del avance de los españoles en dirección del oriente de la Laguna, movimiento imprudente que favorecía el propósito de Bolívar de cortarles la retirada. El 5 se continuó la marcha hacia Conocancha, la infantería por los altos guiada por el general Sucre y la caballería en la pampa, conducida por el Libertador, quien recibió en el puente de Rumichaca nuevos partes sobre la marcha de los enemigos en dirección de Cerro de Pasco, y sin vacilar resolvió seguir su movimiento, seguro de que los españoles retrocederían al conocer la dirección que llevaba. Esa noche, el ejército acampó en el pueblo abandonado de Conocancha, alojándose el Libertador y sus acompañantes en una casucha sin techo, bajo un frío glacial, a siete leguas del Diezmo, y ocho leguas al oeste del pueblo de Reyes, por donde debía pasar el enemigo; y allí se recibieron nuevos informes, circunstanciados, de que todo el ejército español había avanzado al norte y debía estar acampado en Carhuamayo, certidumbre que indujo a Bolívar —abandonando la dirección de Yauli— a cruzar a la izquierda y hacer una marcha forzada y directa a Reyes, a cortar a los españoles, pensando celebrar el aniversario de Boyacá con la libertad del Perú, pues contaba dar una batalla, ya que, al parecer, los enemigos la procuraban.

El movimiento de los enemigos se había efectuado de esta manera: Canterac partió de su campo, a tres leguas de Jauja, el 2 de agosto, y fue a dormir a Tarmatambo. El 3 acampó en Palcamayo y el 4, en el villorrio de Reyes, hoy Junín, al sureste de la laguna, al tiempo que el ejército patriota, marchando en dirección contraria, llegaba al Diezmo, al oeste de aquella. El 5 Canterac fue con su ejército a Carhuamayo y dejándolo a las órdenes de Maroto, personalmente se adelantó con la caballería a Cerro de Pasco. Grande fue su sorpresa —dice García Camba— cuando supo en esa ciudad que todo el ejército patriota se dirigía a Jauja por el camino de Yauli. El peligro de perder sus comunicaciones con el Cuzco y los informes sobre la fuerza del ejército enemigo, lo determinaron a emprender inmediatamente la retirada. Su avance lo colocaba en situación harto crítica y la retirada inmediata y forzada debía desmoralizar a sus tropas. Según se expresó en informe oficial, solo se había propuesto hacer un reconocimiento y recoger noticias sobre la fuerza enemiga, y es posible que efectivamente este fuera su intento, puesto que el virrey La Serna, contestando una carta suya, le decía el 16 de julio desde el Cuzco:

Creo que la idea de Vd. es hacer un carneo (sic) con todo el ejército o la mayor parte de él, y si es así, lo hallo muy conveniente y útil, pues con semejante movimiento hacia el norte de Cerro de Pasco, como creo indiqué a Vd. hace algún tiempo, se impone al enemigo: se cerciora Vd., en lo posible, de si se trata de avanzar o retrogradar, y consigue recoger ganado que tan necesario es para la subsistencia de esas tropas²².

El desencanto de Canterac debió ser terrible: creyendo encontrar diseminado e inactivo al ejército insurgente, la realidad le mostró un abismo a sus pies, y desde ese instante cedió a su contrario la iniciativa de los movimientos.

El mismo día regresó a toda carrera a Carhuamayo y al amanecer del 6 de agosto, el ejército real emprendía la retirada precipitada hacia el sur. Como va dicho, el ejército unido marchaba también a pasos apresurados de oeste a este —de Conocancha hacia Reyes— a interceptar al enemigo u ofrecerle la batalla, pero los españoles tenían la ventaja de la distancia

22 Conde de Torata, *op. cit.*, pp. 168 y 169.

y del terreno. La división Córdova rompió la marcha seguida de las de La Mar y Lara, y luego se adelantó la caballería. En el curso de la mañana, se empleó largo rato atravesando los ríos de Palcamayo y el Mantaro. Allí los espías dieron de nuevo parte de que los enemigos retrocedían hacia Reyes a paso redoblado. Los independientes debían atravesar una sierra relativamente baja, extendida de norte a sur. A las cuatro de la tarde, los jinetes llegaron a la cumbre y pudieron distinguir al enemigo a dos leguas de distancia, retirándose hacia los llanos de Junín situados un poco al sur de Reyes. Un ¡viva! entusiasta y simultáneo resonó en todos los presentes y es imposible dar una idea exacta —dice un testigo presencial— de la impresión producida por la repentina vista del enemigo. Los semblantes se animaron con la expresión varonil del guerrero, al aproximarse el momento de la lidia y de la gloria, y sus ojos centelleantes contemplaban las columnas enemigas, marchando majestuosamente²³. El panorama de la inmensa y desolada pampa cubierta en parte por la laguna, bajo celajes violáceos y fondo plumizo, y rodeada de cerros en los que todavía en las tardes se divisan los restos de las nieves que los cubren al amanecer, era digno del suceso extraordinario en que se iba a asegurar el triunfo de América y su desarrollo político. A larga distancia se distinguían escasos caseríos de pobres indígenas consagrados a la cría de llamas y carneros.

Los jinetes recibieron orden de montar rápidamente los caballos y dejar las mulas utilizadas en las marchas, e inmediatamente se procedió al descenso. Como el enemigo marchaba con velocidad indecible, y podía escapar a Tarma, y todavía tardaba la infantería, Bolívar trató de retardarle la marcha, presentándole atrevidamente la caballería. Siete escuadrones a las órdenes del valiente Necochea, se adelantaron rápidamente. Al llegar los independientes al pie de la cuesta, dejando a la izquierda el camino de Cacas, siguieron un corto trecho a la orilla de los cerros y penetraron en la llanura a las cinco de la tarde.

Canterac, fiado en el mayor número de su caballería, constante de 1300 jinetes, consideró propicia la ocasión de atacar a la insurgente; rápidamente avanzó sobre el punto donde desembocaban los patriotas, y cuando estaba cerca hizo desplegar los escuadrones de Húsares y Dragones del

23 Miller, *op. cit.*, p. 141.

Perú en batalla, manteniendo cuatro escuadrones de la Unión en dos columnas, sobre sus flancos.

El Libertador avanzaba con sus 900 jinetes por el espacio angosto entre los cerros y un extenso pantano extendido a su izquierda. El terreno unas veces favorece las operaciones en curso y otras presenta obstáculos inesperados imposibles de prever, y en casos como el presente es forzoso arrostrarlos cualesquiera que sean. Nuestra caballería marchaba por mitades en columnas, yendo a la cabeza el regimiento Granaderos de Colombia a las órdenes de Felipe Braun, luego el de Granaderos de los Andes, al mando de Bruix, el de Coraceros del Perú, del comandante Suárez, y los Húsares de Colombia del coronel Silva. Miller tenía a su cargo los jinetes del Perú y Carvajal los de Colombia. El comandante general Necochea, a medida que salían a la pampa despejada, los hacía formar en batalla hacia la izquierda por retaguardia de la primera subdivisión, pero apenas habían entrado en línea los Granaderos de Colombia, y se formaban los de los Andes y un escuadrón de Húsares del Perú, y seguían en columna los restantes, cuando la línea enemiga se vino sobre ellos con arrojo. Los llaneros esperaron a los enemigos, enristradas sus enormes lanzas, y aunque esta actitud sorprendió a los españoles, continuaron la carga; los llaneros avanzaron a su encuentro y el choque fue terrible. El Libertador ordenó a Miller flanquear con la caballería peruana la derecha enemiga, mas por la dificultad del terreno pantanoso, Miller por el momento se vio obligado a cargar de frente. El resultado fue adverso a los patriotas, y en tropel y perseguidos cedieron el campo, excepto algunas secciones de Granaderos de Colombia regidas personalmente por Braun y Camacaro, las cuales rompieron la línea enemiga, pasaron a su retaguardia, atrajeron sobre sí a gran golpe de enemigos, los lancearon y comenzaron a cargar por la espalda a los que se consideraban vencedores.

Los Granaderos —dice O'Connor— a retaguardia del enemigo, que no podía flanquear por razón del atolladero y el pie de la cordillera, desordenaron por completo a los escuadrones españoles, que se dirigieron a galope en su persecución. Esto era precisamente lo que convenía a nuestros famosos e invencibles llaneros colombianos, porque seguían llevando detrás de ellos a los jinetes españoles, y cuando se veían con dos o tres

persiguiéndoles se daban vueltas, los esperaban y los lanceaban con la mayor facilidad. Las lanzas de los españoles eran de dos varas y las de nuestros llaneros de tres varas y media. Yo me hallaba viendo todo esto desde la orilla del atolladero, y observando si había modo de pasarlo. Entre tanto, salvaron el mal paso algunos soldados de la caballería española sableando a los nuestros en el mal paso. El Libertador me gritó que contuviese a nuestros jinetes que estaban ya con la cara vuelta²⁴.

Miller se había replegado con el primer escuadrón peruano hacia la izquierda, en dirección de Cacas y sus perseguidores se vieron de pronto cargados a su espalda por el segundo escuadrón peruano a las órdenes de Suárez, que, hallándose en segunda línea, no había entrado en la lucha. Miller se detuvo y presentó nueva resistencia. Mientras tanto, parte de los Granaderos y Húsares de Colombia, rechazados por los españoles, pero con su moral intacta, al ver desorganizados a sus contrarios volvieron caras enérgicamente a usanza llanera, y causaron estragos en las filas enemigas, arrollándolas por completo y haciéndolas replegar destrozadas a larga distancia. “Las formidables cargas de nuestros Granaderos —escribe O’Connor— hacían temblar la tierra”. Los grandes jefes llaneros Carvajal, Silva, Escobar, Sandoval y Camacaro realizaron prodigios de bravura y los dos últimos rescataron a Necochea prisionero, con siete heridas, desde el comienzo de la lucha. Miller y Suárez, cuando los colombianos, rehechas sus líneas, se lanzaron sobre los grupos de jinetes españoles, cargaron de flanco como había ordenado el Libertador y entre las sombras de la noche se consumó la derrota total de los realistas. El Libertador había entrado a la llanura desde el primer momento; después del primer choque, con la voz y el ejemplo, hizo apresurar el retorno ofensivo, y al ver restablecido el combate se dirigió hacia atrás un corto trecho, con su Estado Mayor, y subió a la falda del cerro, de donde se distinguía toda la planicie; de allí mandó apurar la marcha de la infantería, especialmente la de algunas compañías de cazadores, para sostener a los jinetes en caso necesario. Después de estos primeros actos se prolongó la lucha un rato, alejándose los combatientes, y al final la caballería real,

24 Francisco Burdett O’Connor, *Recuerdos*, Imprenta de “La Estrella”, Tarija (Bolivia), 1895, p. 76.

compuesta en gran parte de españoles, destrozada y vivamente perseguida, corrió a refugiarse detrás de las columnas en marcha de su infantería.

Las pérdidas de los españoles se estimaron en el parte oficial en 270 muertos y heridos, 100 prisioneros y muchos dispersos; pero luego se comprobó que los primeros alcanzaron a 19 oficiales y 345 soldados muertos y heridos, y las de los patriotas fueron de 145 entre unos y otros. En Junín no se disparó ni un solo tiro de fusil. Por el frío glacial de la noche murieron muchos heridos.

Tal fue el combate de Junín, según los partes originales, compulsados con las relaciones de Miller, O'Connor y López, y se puede resumir así: abrumados por el número en el primer choque, los colombianos con Carvajal y Silva se retiraron perseguidos por el camino que habían traído, excepto Braun y Camacaro, que con muchos jinetes rompieron a la derecha la línea enemiga y quedaron a su retaguardia; a la vez que los peruanos y Miller se retiraron perseguidos hacia la izquierda, por el camino de Cacas, entrando el coronel Suárez con su escuadrón, que no había tomado parte en el choque por hallarse atrás, a ocupar el espacio que dejaron libre los que perseguían a Miller y los cargó por retaguardia, verificándose simultáneamente el “vuelvan caras llanero” de Carvajal y Silva, y el ataque a retaguardia de Braun y Camacaro, cuando los contrarios se extendieron y perdieron su formación; y ante este formidable retorno ofensivo, los españoles cedieron el campo y la victoria. En la batalla de Ayacucho, los Granaderos de Colombia repitieron su táctica²⁵ de avanzar, retirarse y volver caras; el general Ferraz detuvo a los suyos para que no los persiguieran y preguntándole después en Huamanga el coronel O'Connor la causa de esa determinación, le contestó que había contenido a sus jinetes —los Alabarderos del Virrey— “porque los colombianos aparentaban desordenarse para atraer a sus contrarios tras ellos y que así los esperaban y los lanceaban a su gusto, como lo hicieron en el campo de Junín”²⁶.

25 “Cosa esencialísima —escribe Páez— es enseñar a la caballería a cargar, retirarse y volver caras; a ser ternejal en sus cargas, como dicen nuestros llaneros» (Notas de Páez a las *Máximas de Napoleón sobre el arte de la guerra*, Imprenta de S. Hallet, Nueva York, 1865, p. 249).

26 O'Connor, *op. cit.*, p. 107.

De manera que es forzoso rechazar las versiones que suponen la derrota de la caballería llanera, subsanada por la victoria de un escuadrón peruano, porque no fue esa la verdad, y si se analizan las fuentes fácilmente se demuestra la inexactitud de estas versiones fundadas en apreciaciones interesadas y en episodios colocados fuera del momento y del sitio preciso en que tuvieron lugar, cambiando en consecuencia el carácter del acontecimiento respectivo.

Cuando vi —escribe O'Connor— que la batalla terminaba en favor nuestro, me dirigí al lado del Libertador, que era el que allí mandaba, y que en ese instante se hallaba cerca de la bajada, por la cual habíamos penetrado al campo. En ese momento noté que nuestra infantería estaba subiendo a la cordillera a tomar posición defensiva. Me alejé entonces del lado del Libertador y empecé a subir la cordillera gritando a nuestros soldados que bajasen. No podían más: todos estaban asorochados y mi caballo también. Por fin hice alto en media cuesta, cuando vi a nuestros jefes Carvajal y Silva que venían gritando ¡victoria! Braun, que era el que más había hecho, venía en silencio, sin proferir ni una sola palabra. Bajó la infantería a la llanura y se echó a descansar²⁷.

Por tanto, no es cierta la especie de Miller —origen principal de la leyenda que rebatimos— de que el general Bolívar se alejara a una legua a retaguardia a buscar la infantería y la situara a esa distancia del campo, especie lanzada por Miller para atribuirse la dirección del combate y la victoria y luego explotada por rivalidades nacionales; y si ella fuera cierta habría tenido Bolívar que desandar el camino de los cerros, puesto que el lugar por donde bajaron las tropas, frente al riachuelo de Chacamarca, se halla inmediato al campo de batalla; y tal retroceso sobre los cerros no se menciona en ninguna relación y habría sido no solo inútil, sino absurdo, porque la infantería solo distaba una legua, o sea, una hora de camino al comenzar la acción, y por tanto, por momentos debía llegar, como llegó en efecto al propio campo de batalla. Todavía más: el mismo Miller dice que al terminar el combate dio orden de que la caballería

27 *Ibid.*, p. 76. El autor denomina cordillera a la serranía baja atravesada por el ejército para caer a la llanura.

situada a retaguardia —con respecto a los que perseguían con él a los españoles— formase en el campo de batalla y esperase órdenes suyas, pero a su regreso “halló que toda ella había recibido orden para replegarse sobre la infantería”. Ahora bien, esta orden no ha podido darse sino después de la victoria, y por el propio Bolívar, y hallándose este en el mismo campo, puesto que la acción comenzó a las cinco de la tarde, duró hasta su decisión poco más de una hora, y no concluyó la persecución sino pasadas dos horas, es decir, después de las siete de la noche, y aunque Miller regresara al galope ha debido emplear media hora por lo menos en volver al campo de batalla y al lado del Libertador, y así lo comprueba el hecho de que a las ocho escribía una carta a su amigo J. Thomas Squire, informándole del triunfo y de la felicitación recibida en ese momento del Libertador, todo lo cual requiere que estos diferentes actos tuvieran lugar, por razones de tiempo y de espacio, en el propio campo de batalla, o en sitio muy inmediato; y por último, tenemos el testimonio terminante de O'Connor en cuanto a la permanencia de Bolívar en el campo, dirigiendo el combate y moviéndose solo corto espacio para situarse en una altura de donde podía distinguir toda la pampa.

Además, como prueba de la ligereza y de las mentiras de Miller, frecuentes en relaciones autobiográficas, basta observar que en sus *Memorias* dice que “Bolívar pasó el desfiladero con la caballería y dirigió personalmente los primeros movimientos de ella” y en una carta a su hermano Juan, fechada en Tarma el 9 de agosto, al narrar los hechos, atribuyéndose naturalmente todo el mérito de la acción, afirma que el *Libertador* ¡no pasó el desfiladero! ¿Cuándo dice verdad?²⁸.

Lo cierto es que todo el ejército durmió en la llanura al lado del campo de batalla, como afirma O'Connor, con entera precisión; y cuando hubo terminado el descenso de la infantería y todo estuvo en orden,

28 Véase la carta escrita a Squire, enseguida del combate, a las ocho de la noche, en Gonzalo Bulnes, *Bolívar en el Perú*, t. II, Editorial América, Madrid, 1919, p. 253, y la del 9 de agosto dirigida a su hermano, en Paz Soldán, *Historia del Perú independiente. Segundo período*, t. II, Lima, 1870, p. 255. Miller fue un ingrato. Desprovisto de toda influencia cuando quedaron destruidos los ejércitos de Alvarado y Santa Cruz, fue acogido por el Libertador y recibió de él grados, dinero y mando político, al tiempo que escribía calumnias y denuestos contra su protector. Él fue el primero que cobró sus haberes del millón de pesos decretado por el Perú para gratificar al ejército.

no habiendo llegado los equipajes, los oficiales del Estado Mayor y el Libertador se acostaron en el suelo, “en un rinconcito pastoso al pie de la cordillera”²⁹, es decir, en plena pampa.

En confirmación de lo expuesto sobre el combate copiamos el final del parte oficial, dictado por Bolívar, justiciero y exacto. Dice así:

S. E. el Libertador, testigo del valor heroico de los bravos que se distinguieron en el día de ayer, recomienda a la admiración de la América al señor general Necochea, que se arrojó a las filas enemigas con una impetuosidad heroica hasta recibir siete heridas; al señor general Miller, que con el primer regimiento del Perú flanqueó al enemigo con mucha habilidad y denuedo; al señor coronel Carvajal, que con su lanza dio muerte a muchos enemigos; al señor coronel Silva, que en medio de la confusión del combate rehizo parte de su cuerpo que estaba en desorden y rechazó los escuadrones que lo envolvían; al señor coronel Bruix, que con el capitán Pringles, algunos oficiales y Granaderos de los Andes se mantuvo firme en medio de los peligros; al comandante del primer escuadrón del Regimiento de Caballería de Línea del Perú, Suárez, que condujo su cuerpo con la destreza y resolución que honrará siempre a los bravos del Perú; al comandante Sowersby, del segundo escuadrón, que gravemente enfermo, se arrojó a las lanzas enemigas hasta recibir una herida; al comandante Blanco, del tercer escuadrón; al mayor Olavarria y al capitán Allende, del primer escuadrón del mismo regimiento; al bravo comandante Medina, edecán de S. E.; al capitán Camacaro, de Húsares de Colombia, que con su compañía tomó la espalda de los escuadrones enemigos y les cortó el vuelo de su instantáneo triunfo; a los capitanes Escobar y Sandoval, de Granaderos; y a los capitanes Jiménez y Peraza, de Húsares de Colombia; a los tenientes Segovia y Tapia, al alférez Lanza, que con el mayor Braun persiguieron los escuadrones enemigos hasta su infantería³⁰.

29 O'Connor, *op. cit.*, p. 77.

30 En breves líneas analizaremos las descripciones fundamentales y las de los autores de más renombre en el siglo pasado. De los primeros, Miller es el que mejor describe el choque inicial, en cuanto a que marca con exactitud la retirada de los colombianos al desfiladero, la de los peruanos hacia el camino de Cacas, la posición de Suárez y la carga de este, pero inventa la retirada de Bolívar a una legua de distancia y desfigura la acción de los colombianos. O'Connor, aunque incurre en omisiones importantes, da idea clara de todo el

El 7, el ejército marchó al pueblo de Reyes, encontrándolo desierto, pero a poco empezaron a llegar los indígenas de los lugares a donde habían huido. Estas gentes sencillas, dándose cuenta del suceso trascendental ocurrido casi a su vista, colgaban en la choza en que se alojó el Libertador ornamentos de plata, en homenaje al héroe que desde tan lejos había llegado a redimir su raza, obsequiaban a las tropas pequeños presentes

combate, y precisa la presencia del Libertador y la intervención de los colombianos; mas, desgraciadamente, su obra no fue publicada sino en 1895, cuando desde hacía tiempo corrían en varios libros las versiones de Miller, más o menos alteradas, hasta el punto de decir O'Connor que "Al leer muchas narraciones del combate no sabía a qué acción se referían" (*Recuerdos, op. cit.*, p. 76). López publicó una narración en Caracas (1843) y luego la amplió en sus *Recuerdos históricos* (Bogotá, 1878). Abunda en pormenores útiles, pero no da una descripción clara y completa, comete errores y hasta sospechamos que inventa algún episodio. Por ejemplo, afirma que cuando el Libertador subió a una altura de donde se distinguía todo el campo, en un diálogo con Lara, daba por derrotada la caballería; absurdo evidente, puesto que el mismo López nos dice que en esos momentos, envueltos los enemigos por los patriotas, la lucha se alejaba y por tanto el enemigo iba perdidioso. López incurre en esta tontería para exaltar la fe de Bolívar en su destino, pues a la vez, según él, expresa su confianza en el triunfo de la campaña. La contradicción es evidente entre el diálogo inventado o tergiversado y los hechos que se estaban presenciando. Por brevedad no hacemos otras observaciones, ni de este ni de los otros dos actores a que nos hemos referido. Son los únicos testigos del combate que lo han narrado. Restrepo trae una buena descripción, bastante aproximada a la verdad. Se funda en el parte oficial y en Miller y López. Baralt es muy sucinto y copia a Torrente, quien sigue en parte a Miller. Larrazábal, más extenso, se apoya en López. O'Leary no estuvo en la campaña, se hallaba en Chile. Su narración es breve y basada en la de Miller, lo mismo la de G. G. Gervinus (*Historia del siglo XIX*, t. 10, s/d, p. 120). Todos estos autores, cual más o cual menos, describen el suceso con lógica y en su aspecto natural; no así Paz Soldán y Mitre, quienes escogen de Miller no la parte sana de su narración, sino la invención de la retirada de Bolívar, a una legua de distancia, y de la derrota total de los colombianos; el primero, por atribuir el triunfo exclusivamente a los peruanos y el segundo, porque la especie le sirve a maravilla para rebajar o ridiculizar al Libertador. Paz Soldán supone que todos los jinetes arrollados huyeron o se retiraron en una misma dirección, salvando a los patriotas solo la carga de Suárez. Mitre lo copia y lo comenta a su manera. El éxito de estas leyendas se debe en parte a la manera sucinta de Bolívar de describir los combates y la costumbre de no precisar su acción personal en ellos. Repárense sus boletines desde 1813, dictados todos por él, y firmados por los jefes de Estado Mayor o los secretarios, y se comprobará nuestra observación. En el boletín de Boyacá, dictado por el Libertador y firmado por Soubllette, él no se nombra para nada, lo que ha dado origen a la ridícula leyenda moderna de que no asistió a la batalla.

y muchos de ellos ayudaban a preparar el rancho, a hacer cobertizos para pasar la noche y a limpiar las lanzas cubiertas aún con la sangre de los españoles. En el curso de la mañana se reunieron en Reyes todos los heridos de la acción de la víspera y al día siguiente se dispuso enviarlos a Pasco. En la orden del día, el Libertador dio las gracias en primer término a los Granaderos de Colombia y al Regimiento de Caballería de Línea del Perú; y por razones políticas —como afirma O'Connor— dio el nombre del campo de batalla a los peruanos, denominándolos Regimiento de Húsares de Junín, y no como se ha querido interpretar después, porque a ellos solos se debiera el triunfo. Los Granaderos de los Andes, formados con los oficiales de este antiguo y glorioso cuerpo que permanecieron fieles a la República, se sostuvieron en el centro, pero no acompañaron a los colombianos cuando estos volvieron cara contra los enemigos.

Los españoles continuaron la retirada toda la noche del 6 y durante el día siguiente, hasta la tarde en que acamparon cerca de Jauja, habiendo llegado tan cansados que las tropas preferían el sueño al alimento; y al otro día, 8 de agosto, pasando por Huancayo, fueron a dormir a Huayucachi, a veintiséis leguas de Junín³¹. Estas marchas precipitadas, prueba incontrastable de temor y debilidad, infundían pánico a los realistas de los pueblos y por sí solas destruían el ejército, a pesar de las medidas severas adoptadas para reprimir la desertión. De este punto participó Canterac al virrey su propósito de retirarse hasta el Cuzco, a menos de recibir poderosos refuerzos.

Aun cuando el Libertador había hecho siempre en sus campañas las persecuciones más activas, hasta el límite extremo de los esfuerzos humanos, en el presente caso no podía hacer marchar a los suyos con la misma velocidad de los infantes del ejército real, nativos de la cordillera, insensibles al soroche y acostumbrados a recorrer hasta doce y trece leguas diarias. Persiguiendo con la espada en los riñones a aquel ejército que no se había atrevido a dar batalla en los llanos de Reyes, teniendo todas sus armas reunidas, ni habían podido comprometerlo, la audacia y el riesgo de las maniobras del ejército libertador, para cortarlo y obligarlo a la lucha, sus pérdidas hubieran sido sin duda mayores, pero se

31 García Camba escribió que de Junín a Huayucachi hay treinta y dos leguas, y así lo han repetido muchos autores.

habría debilitado el ejército colombiano en términos peligrosos para la continuación de la campaña. Tales han debido ser las consideraciones del Libertador al disponer la persecución, con el ritmo que permitía la naturaleza del país a hombres aguerridos, pero fatigados de largas marchas, y de la travesía de la gran cordillera Blanca.

El ejército descansó en Reyes hasta el mediodía del 8 y fue a dormir a Palcamayo. El 9, en la mañana, entró a Tarma, a la vez que una columna formada por tropas ligeras y un batallón peruano se había adelantado a picar la retaguardia a los enemigos. Después de algunas horas de descanso, al salir la luna, el ejército continuó el mismo día 9 su marcha. Despejada ya la situación y debiendo sacar las ventajas posibles de la victoria y de la retirada del enemigo, el Libertador dio orden al coronel Luis Urdaneta, comandante general de la Costa, de formar rápidamente una división con parte de las guarniciones, las altas de los hospitales y algunas guerrillas, y marchar velozmente sobre Lima y el Callao. La escuadra debía proporcionarle algunos elementos de guerra. Urdaneta ocupó la capital y procedió al asedio de su gran puerto.

El 10 el ejército pernoctó parte en Cachi Cachi y parte más adelante, y el 11 entró a Jauja. La ocupación de este hermoso y rico valle, de 3300 a 3400 metros de altura sobre el mar, todo cultivado y cubierto de numerosos pueblos que de lejos parecen ciudades por sus altas torres, llenó de alegría al ejército, y se consideró como una de las grandes ventajas de la campaña. La mitad del escuadrón de Lanceros del Rey, enviado de Lima a Canterac, se pasó a los patriotas. A uno y otro lado del Mantaro, en el valle de Jauja y Huancayo, los españoles dejaron almacenes de forrajes y víveres. El ejército traía numerosos rebaños de ganado, pero hallándose estos cansados se dispuso cambiarlos en el tránsito por ganado fresco, que debían proporcionar las autoridades de los pueblos cercanos. El 13 se encontraba el Libertador en Huancayo y el general Sucre en Jauja, con la mayor parte del ejército; y como se tuvieron noticias de que Canterac se había detenido en Izcuchaca, se ordenó apurar la marcha para que el ejército fuera el 14 a San Lorenzo y Concepción, pero de pronto se supo que los españoles continuaban su retirada precipitada, y el ejército libertador siguió avanzando lentamente mientras Bolívar se detenía varios días en Huancayo, tomando medidas administrativas y organizando las provincias libertadas.

De Huayucachi partió Canterac el 9 y acampó el 11 en Huando. El mismo día dio orden de volar el puente de piedra de Izcuchaca, mas no logró destruirlo; envió los enfermos a Huamanga por el camino de Picoy, y el 15 acampó en los Molinos cerca de Paucará. Este día se separó del ejército el general Maroto, después célebre en la primera guerra carlista. De allí Canterac siguió a Acoria donde estuvo el 13, y según García Camba, pasó a Huamanga por el elevado camino de Alto Pongo, y acampó en las inmediaciones de aquella ciudad el 22 de agosto. Habiendo ganado a la sazón suficiente ventaja al ejército libertador, hizo estas últimas marchas con descanso, tomando toda clase de precauciones para la conservación de las tropas, adelantándose solamente al tener noticias del avance del ejército enemigo y cuando se aproximaba la columna ligera del coronel Otero, encargada de picarle la retaguardia.

A pesar de la manera como dispuso el Libertador seguir al enemigo, haciendo marchas cortas y dando suficiente descanso a las tropas, a la llegada de estas a Huancayo se notaban bajas sensibles en los cuerpos y pérdidas importantes de material, debiendo influir en estas pérdidas las fatigas sufridas por el ejército en las largas marchas desde sus acantonamientos primitivos y el tránsito por regiones excesivamente elevadas e inclementes, mientras el ejército real había permanecido largo tiempo en el suave clima de los valles de Jauja. Fue tan alarmante este estado de cosas que el Libertador encomendó al general Sucre dirigirse a retaguardia del ejército a vigorizar la administración y salvar para el ejército el material abandonado y los hombres rezagados. Sucre fue hasta Pasco; de allí despachó oficiales activos encargados de recoger cuanto quedaba atrás, y personalmente puso en movimiento hombres, material y víveres detenidos por el cansancio o falta de conductores. La columna del Zulia —recién llegada de Venezuela y Cartagena—, a saber, el Batallón Caracas y el Escuadrón Dragones de Venezuela, así como el Escuadrón Guías de la Guardia, procedente del Ecuador, especialmente necesitaban de los cuidados de Sucre y gracias a su actividad se incorporaron rápidamente al ejército. Pero esta comisión fue motivo de hablillas, sátiras y burlas de los enemigos y envidiosos del insigne general, hasta el punto de que, cumplida la comisión, se quejó este amargamente al Libertador significándole su deseo de retirarse si no podía empleársele en las operaciones

activas. No hay duda de que bajo ciertos aspectos tenía motivos para la queja, pero en cambio recibió una contestación razonada, explicándole los motivos poderosos, origen de la medida, y esta invitación generosa y sincera: “Si Vd. quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás y Vd. marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que he dado a Vd. no lo desdeño para mí”.

Habiéndose sabido el 13 que el enemigo había pasado de Izcuchaca, se dispuso que la división Lara permaneciera en Jauja hasta el 15 y luego se pusiese en marcha conduciendo toda la cebada almacenada para la caballería. La división La Mar recibió iguales instrucciones y haría el mismo alto en Concepción y San Jerónimo, mientras la de Córdova descansaba en Huancayo, adonde acababa de llegar. Los enemigos iban quemando cuanto podía ser útil para hombres y bestias³².

En esta última ciudad recibió el Libertador al capitán Young, enviado por el almirante Guise a exponerle el conflicto creado por la conducta arbitraria del capitán inglés Maling, del navío *Cambridge*, en el bloqueo del Callao, a quien se dirigió inmediatamente el secretario Heres, en nombre de S. E., sosteniendo el derecho del Perú a mantener incólume el bloqueo de aquella plaza, y alegando con copia de doctrina el principio de la igualdad de las naciones ante el derecho internacional. A la Costa se dieron órdenes de socorrer al almirante con hombres y víveres para continuar el bloqueo en todo su rigor.

Dos caminos se presentaban al ejército: el de la orilla izquierda del río Mantaro o el de Pampas y Paucarbamba, tramontano del anterior, al cual se junta en Mayocc a orillas del río. La división Córdova tomó este último emprendiendo su marcha el 17, adelantándose el coronel Althaus a restablecer el puente de mimbres de Mayocc. El general Santa Cruz, comisionado para organizar las autoridades de los pueblos inmediatos y recoger ganado y bestias y cambiarlos por los animales cansados del ejército, debía proporcionar a este oficial lo necesario. El Libertador se adelantó con la vanguardia. De Pampas mandó a formar el 22 una guerrilla de hombres escogidos destinada a cuidar y defender el puente de piedra de Izcuchaca; el 25 se hallaba en Paucarbamba, y el 27 en la villa de Huanta, abundante en recursos de todo género, pero adicta al partido del rey. “Desde Pucará

32 Oficios al general Sucre, Huancayo, 13 de agosto [inéditos], Archivo del Libertador.

—dice O'Connor— el camino es fragoso con muchas subidas y bajadas”. El río Mantaro en estos lugares es ya caudaloso, y se despeña como un torrente en un lecho profundo. El ejército lo atravesó por el puente de mimbres de Mayocc —llevando las cargas a hombros, mientras las bestias se pasaban a nado— acampó media legua adelante, y al día siguiente, 31 de agosto, cruzó el río Huarpa y entró en Huanta.

El mismo día de la llegada del Libertador a esta villa, Canterac atravesaba el río Pampas, algunas leguas adelante de Huamanga, y el 28 se estableció en los Altos de Chincheros, se detuvo allí quince días y luego siguió en marcha continua hasta el Apurímac y el Cuzco, adonde llegó el ejército real, reducido a las dos terceras partes de su efectivo y destruida en gran parte su caballería, considerada hasta entonces invencible. Sus pérdidas alcanzaron a 2000 infantes y 600 jinetes.

Apenas abandonaron los enemigos a Huamanga, fue ocupada por el general Santa Cruz con la columna de observación. El 30 llegó el Libertador, e invitó al ministro Sánchez Carrión a establecerse en ella con sus empleados y la imprenta. En todas las provincias libertadas se organizaron rápidamente Gobiernos republicanos, purgándolas de montoneros. En los días precedentes se había formado una columna de guerrilleros destinada a ocupar a Huancavelica y otra a bajar a la Costa a reforzar al coronel Urdaneta. Ica fue ocupada por una guerrilla a las órdenes del coronel argentino Estomba. Mientras tanto, el ejército se establecía en diferentes pueblos de la provincia de Huamanga, preparándose para continuar adelante.

La campaña que debe completar vuestra libertad —dijo el Libertador a los peruanos en su proclama del 13 de agosto— ha empezado con los auspicios más favorables. El ejército del general Canterac ha recibido en Junín un golpe mortal, habiendo perdido, por consecuencia de este suceso, un tercio de su fuerza y toda su moral (...). Bien pronto visitaremos la cuna del imperio peruano y el Templo del Sol. El Cuzco tendrá en el primer día de su libertad más placer y gloria que bajo el dorado reino de sus incas.

Permanecer inmóvil como una roca desafiando a la tormenta: conservar en medio de tantas traiciones la moral de sus tropas y levantar la de peruanos y argentinos batidos en tres campañas sucesivas: crearlo todo, conducir su ejército sobre el dorso nevado de los Andes, sorprender al enemigo y arrebatarle gran número de provincias y la capital del país, tal fue la actitud y la obra de Bolívar en esta campaña, decisiva para la empresa de libertar el Perú.

*

No nos deben sorprender los errores de ciertos escritores y embustes inventados por la ingratitud y la envidia, y propagados de unos a otros autores. Muchos siglos después de la vida de Alejandro, nos refiere Arriano, corrían sobre sus acciones los juicios más contradictorios³³. Respecto a este mismo tema, recordemos las acerbas críticas de Voltaire, en su obra *El siglo de Luis XIV*, acerca de los errores de historiadores y de autores de memorias. “Desconfiemos —escribe Federico el Grande, refiriéndose a las historias de Carlos XII— del montón de falsedades y de absurdos de sus panegiristas o de sus críticos, y fijémonos solo en los grandes hechos, únicos verdaderos en estas obras”³⁴.

Afortunadamente, en los archivos de Bolívar tenemos un caudal de documentos, suficientes para marcar los hechos, apartando lo falso de las obras de los contemporáneos, y a presentar las acciones del héroe en toda su verdad, libres de falsedades y absurdos.

Es asombrosa la cantidad de órdenes e instrucciones que nos ha dejado el Libertador en sus copiadore, por el cuidado y la atención continua consagrados por él al ejército y a los asuntos públicos; y también existen en el archivo innumerables comunicaciones de los subalternos, a quienes mantenía en constante actividad. Este abundante material nos ha permitido reconstruir la historia de esta campaña y la de Ayacucho, y no hemos puesto ni un solo hecho que no esté comprobado en los documentos.

33 Flavio Arriano, “Proemio”, *Expediciones de Alejandro*.

34 “Réflexions sur les talents militaires et sur le caractère de Charles XII, Roi de Suède”, en *Œuvres primitives de Frédéric II*, t. IV, Potsdam, 1805, p. 21.

Ciertos críticos, juzgando los sucesos inanimados, en el papel, han dicho que en el campo de Junín no se tomaron disposiciones tácticas, como si en el caso presente no privaran las razones estratégicas que imponían la marcha violenta para detener a los enemigos que se escapaban, circunstancia fortuita, que no dejaba tiempo de hacer reconocimientos del terreno ni de escoger un campo cómodo para desplegar, y solo permitió atacar de frente y de flanco, por donde fue posible, a la caballería española, que tan oportunamente vino a impedir a los independientes desembocar en la pampa; y como si una vez logrado esto, hubiera otra cosa que hacer que realizar esos ataques con la rapidez y el éxito que tuvieron lugar, decidiendo la contienda la habilidad individual de los soldados, pues como dice Bonaparte, “las luchas al arma blanca se convierten en combates singulares, en los que todas las ventajas corresponden a los soldados verdaderamente expertos”³⁵; y por esto, los Granaderos y Húsares de Colombia, veteranos de cien combates en las guerras de Venezuela, la Nueva Granada y el Ecuador, destrozaron fácilmente al salir a la pampa a los soberbios jinetes españoles, inferiores a ellos en destreza. Contando con estos hombres, y con la situación moral creada por las hábiles maniobras que obligaron al enemigo a efectuar el movimiento retrógrado, el Libertador se arriesgó arrogantemente contra un enemigo superior en número; y por ese mismo motivo, Canterac se sorprendió del resultado y no quiso confesar la causa de su derrota³⁶. En este juicio vemos el suceso en su conjunto, sin olvidar los episodios a que dio lugar el primer choque, en los cuales se cubrieron de gloria, a la par de los colombianos, los jinetes peruanos y los oficiales argentinos y extranjeros que colaboraron al triunfo. Tampoco consideramos justas las críticas de García Camba a Canterac, repetidas por casi todos los historiadores. No es cierto que el jefe español en la carga hiciera tomar a sus jinetes los aires violentos

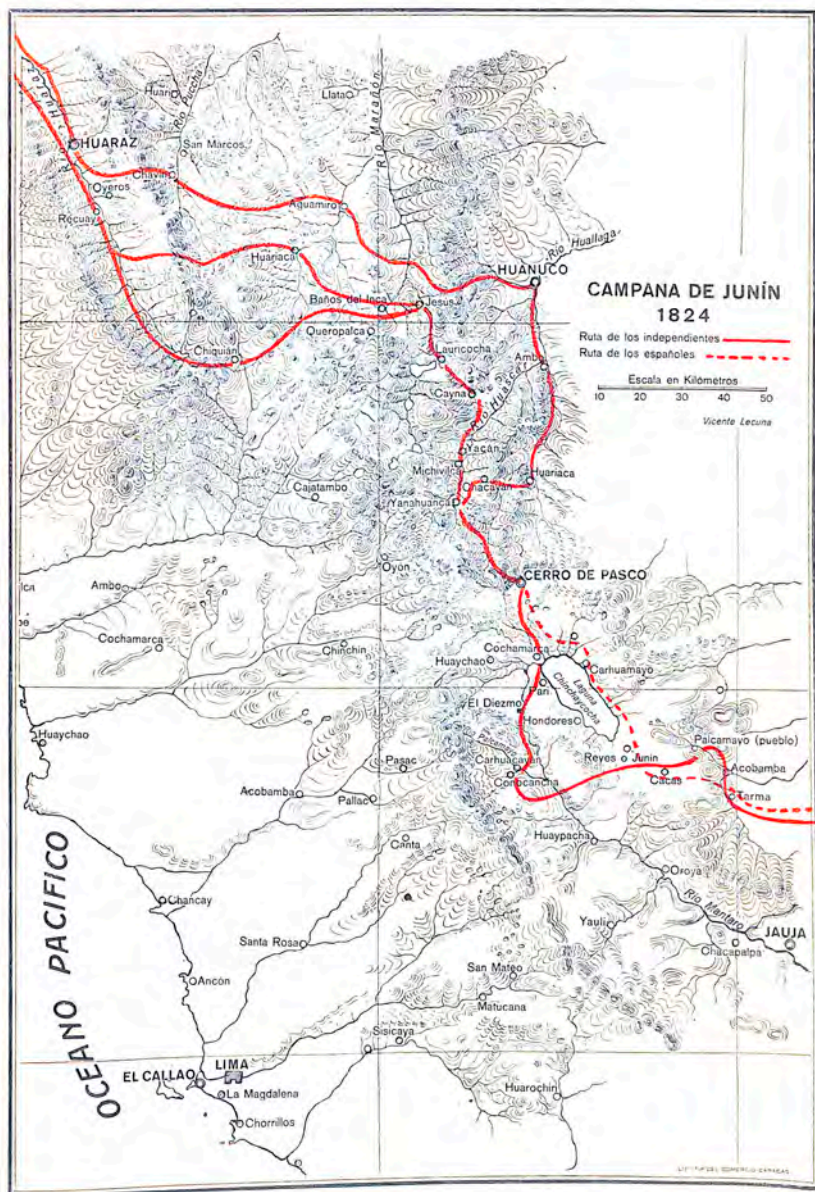
35 *Précis des Guerres de César, par Napoléon, écrit par M. Marchand, a l'Île Sainte-Hélène, sous la dictée de l'Empereur*, Chez Gosselin, Paris, 1836.

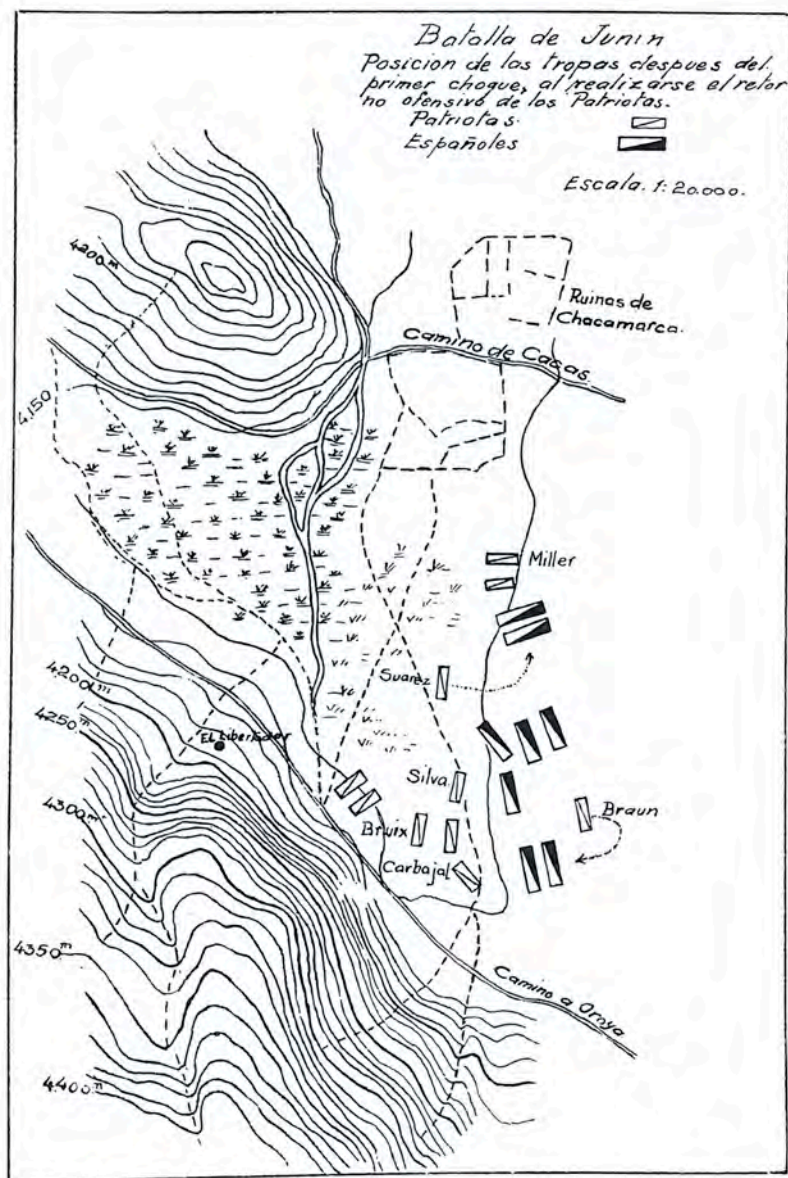
36 Respecto a la destreza de los colombianos, dice Miller: “Las lanzas que se usan en Colombia tienen de doce a catorce pies de largo, y el asta de ella la forma una vara gruesa y flexible. Los lanceros fijan las riendas encima de la rodilla, en forma que pueden guiar el caballo, y les quedan las dos manos en libertad para manejar la lanza, y generalmente hieren a su enemigo con tal fuerza, con particularidad cuando van a galope, que los levantan dos o tres pies encima de la silla” (Miller, *op. cit.*, p. 144).

a larga distancia³⁷, y es preciso convenir que dadas las circunstancias del combate no le fue posible contrarrestar la superioridad de los llaneros de Apure, Maturín y Casanare.

Nosotros esperamos que este estudio, comprobado con las fuentes históricas citadas, contribuya a desvanecer las leyendas forjadas para oscurecer la inmarcesible gloria de los colombianos, en uno de los actos militares más brillantes de la guerra de la Independencia.

37 Declaración del jefe de regimiento Felipe Fernández, notas de Ramón Gascón a la obra de García Camba, *op. cit.*, p. 56.





Campaña de Ayacucho

El golpe recibido por el ejército real en los campos de Junín, la subsecuente liberación de Jauja, Huamanga, Huancavelica, y otras provincias, y el avance hacia el sur del ejército libertador cambiaron la situación respectiva de los contendientes. Aunque los españoles, dueños de la parte meridional del Perú, y del Alto Perú, todavía eran superiores en número, los efectos de la victoria, extendidos a larga distancia, por la rápida ocupación de extensos territorios, equilibraron el poderío de ambos bandos.

Después de varios días de descanso en la fuerte posición de Chincheros, detrás del río Pampas, difícil de vadear en aquella estación, Canterac continuó su retirada el 12 de septiembre; atravesó las provincias de Andahuaylas y Abancay, cruzó el caudaloso Apurímac, por el puente de mimbres de Cocpa y estableció sus tropas, reducidas a 6000 combatientes, en la orilla derecha. El virrey le envió 1500 hombres de refuerzo sacados de la guarnición del Cuzco y de algunos depósitos de reclutas, e hizo destruir los puentes del Apurímac, dejando intacto únicamente el de Cocpa.

El coronel Otero, con su columna ligera había seguido al ejército de Canterac picándole la retaguardia. Según sus noticias, transmitidas el 14 de septiembre desde Andahuaylas, los enemigos concentraban el ejército real en Lima Tambo, enfrente y a pocos kilómetros del puente de Cocpa. Pequeños cuerpos y montoneros procedentes de Lima, Ica y otros puntos al mando de Caparrós y Sánchez venían marchando en dirección del Cuzco, por la vía de Chuquibamba.

En Huamanga y pueblos circunvecinos descansó el ejército libertador varios días; el 18 de septiembre ya se hallaba en marcha hacia el Apurímac, bajo las órdenes inmediatas del general Sucre, deteniéndose con frecuencia en los días subsiguientes a causa de lluvias torrenciales.

El 21 de septiembre, en el cuartel general en Vilcas Huamán, se recibieron noticias de la derrota dada el 17 de agosto por Valdés a Olañeta, en la Lava, a trece leguas más del Potosí, y del regreso del vencedor esperado

en el Cuzco de un momento a otro. Los coroneles Carreño y Althaus, el edecán Santamaría y el capitán Pringles con pequeñas partidas fueron destacados sobre el Apurímac a reconocer el terreno e indagar noticias, debiendo averiguar posición, recursos y fuerzas del enemigo, y si se había reunido el general Valdés solo o con tropas. Se necesitaba un estudio detenido para resolver la dirección que se diera al ejército libertador: este podía seguir por el camino real sobre el Apurímac, o bien tomar a la derecha la vía de Chalhuanca, por sobre los estribos de la sierra occidental hacia el Alto Apurímac, con el doble objeto de evadir el obstáculo de su corriente en la parte sin vados y amenazar la espalda del enemigo en el Cuzco. El primer proyecto dejaba al enemigo la ventaja de la defensa del río, en caso de resolver la continuación de la ofensiva, y el segundo permitía maniobrar con más facilidad. Siendo la vía de este proyecto mucho más extensa que la otra, se tomaron disposiciones para adelantar en ella; con este objeto, el ejército unido abandonó el camino real del Cuzco, torciendo a la derecha; cruzó el Pampas por el paso de Carhuanca y en cortas jornadas siguió el camino de Chalhuanca, hallándose el 25 de septiembre la división Córdova en Cachi y Huancaray, la de Lara de Larcay a Pampachiri y la de La Mar, o sea, el ejército del Perú, en Canarias, disponiéndose a pasar a Larcay, puntos de los cuales se podía volver a tomar fácilmente el camino real del Cuzco o seguir el de la derecha sobre cuya dirección se hallaban especialmente las dos últimas divisiones nombradas. Esta colocación de las tropas tenía por objeto poder reunir rápidamente el ejército en cualquiera de los dos caminos. Como se supiera luego que los enemigos se habían reforzado en el Cuzco y podían intentar enseguida un retorno ofensivo, el general Bolívar ordenó reunir el ejército antes de llegar a Pampachiri, pueblo situado en la cuenca del Pampas, pero ya sobre la serranía de Chumba, divisoria entre dicha cuenca y la del río Pachachaca. El Batallón N.º 1 del Perú, adelante del ejército, no debía separarse sino una sola jornada de la división de vanguardia. Arreciando las lluvias, se guarecían las tropas bajo techados o pascanas.

En esta región las dos grandes cordilleras, la oriental y la occidental, se extienden a largas distancias dejando entre sí espacio para amplios valles, por donde desaguan los afluentes del Apurímac, nacidos todos en la cordillera occidental. El Pampas, el principal de ellos, corre de oeste

a este y bordea a Huamanga por el sur a muchas leguas de distancia, dando caprichosas vueltas. El Alto Apurímac, desde sus fuentes hasta las inmediaciones del Cuzco, y sus afluentes, el Santo Tomás, el Oropeza y el Pachachaca, corren de sur a norte, en la parte de arriba entre altos estribos de la cordillera occidental, y en el resto de su curso, separados por lomas bajas, sobre las cuales se desarrollaron las maniobras que vamos a describir. Estos extensos territorios —tienen de 2000 a 3000 y 3500 metros de altura sobre el mar— son muy poblados y producen granos y ganados. El Apurímac solo es vadeable antes de recibir los tres últimos afluentes nombrados.

Sucre se adelantó con un cuerpo ligero a Chalhuanca a recoger informes de todo el terreno hacia los afluentes del Apurímac, y el Libertador fue con sus edecanes, precedido por una columna, reconociendo las provincias de Andahuaylas y Abancay, y tomando noticias de los enemigos y de los accidentes del Apurímac. De este doble estudio debía resultar la elección de la vía que definitivamente se adoptase para el ejército, luego de apreciar los recursos económicos de las provincias de Andahuaylas y Abancay a la izquierda, y de Aymaraes y Cotabambas a la derecha, así como las fuerzas disponibles del representante de la Corona. El camino directo economizaba marchas al ejército, permitía tomar cuarteles de invierno detrás del Apurímac y aplazar la campaña para el término de las lluvias, en todo su rigor en esos momentos; mientras la ruta de Chalhuanca y Velille, dirigiéndose a la derecha, conducía fácilmente a descabezar el Apurímac, cruzándolo por los vados, y a situar el ejército en posición de donde se podía amenazar la retaguardia del ejército real.

El 28 de septiembre, el Libertador expuso estas ideas a Sucre desde Huancarama, añadiéndole su parecer en favor de la dirección a Aymaraes, en caso de que esta provincia pudiera dar víveres para veinte días o un mes, a fin de conceder nuevo descanso al ejército, y dejó a su experto lugarteniente la elección de una u otra vía. Sucre, sin decidirse por ningún partido, cuya elección pidió de nuevo al Libertador, manifestó el deseo de tomar la vía de Aymaraes, sin detener en ella mucho tiempo al ejército, y adoptar la ofensiva antes de que los españoles se repusieran de la impresión causada por la derrota del ejército del norte, y por tanto sin esperar el término de las lluvias; pero aceptando la posibilidad de seguir la

ruta de Cocpa, mandó a preparar víveres en ambas direcciones, y puentes para tenderlos, en caso necesario, sobre el Apurímac. Raro caso de armonía perfecta en el pensamiento de ambos caudillos, aun cuando partían de puntos de vista diferentes: Bolívar apreciaba en su justo valor el sereno y fecundo juicio de su segundo, y este daba todo su valor a la inspiración y a la experiencia de quien había realizado tantos prodigios y tenía a su cargo la responsabilidad de la empresa.

¿Convenía seguir adelante o detenerse detrás de la barrera del Apurímac? Las ventajas militares del primer proyecto eran grandes, pero en cambio, realizándolo, el ejército se alejaba demasiado de su base, es decir, de los departamentos del norte, y de la costa de Lima a Trujillo, fondeadero seguro e insustituible de los esperados auxilios de Colombia. La marcha, por otra parte, no se podía seguir inmediatamente, porque el ejército, si se deseaban operaciones activas, requería por lo menos quince días de descanso para reponer los caballos y recoger las altas de los hospitales y los atrasados, y probablemente la incorporación de Valdés se realizaría antes de que los patriotas pudieran situarse a la espalda del virrey.

La llegada de comunicaciones importantes resolvió esta cuestión delicada. Por un mismo correo tuvo conocimiento el Libertador de la actividad desplegada en Colombia, cuando el Congreso dio la autorización al poder ejecutivo para levantar los 12 000 hombres pedidos de refuerzo, de los cuales 4000 se hallaban en camino, casi todos soldados viejos; y de la posibilidad de realizar en Londres un empréstito por medio del Gobierno chileno. Se añadía a esto la llegada al Pacífico del navío *Asia* y el bergantín *Aquiles*, los que unidos a los barcos encerrados en el Callao podían destruir la escuadra de Guise, o por lo menos estorbar las comunicaciones con Colombia. Por otra parte, era urgente organizar las provincias libertadas, y sobre todo proveer medios de movilidad y víveres a los nuevos auxiliares, conducirlos a la cordillera y formar un ejército de reserva. Estos trabajos requerían una gran autoridad en la Costa y, en aquellos momentos, solo el Libertador podía llevarlos a cabo.

Por estas razones, el general Bolívar resolvió volver a la Costa aprovechando los meses de lluvia en asegurar a Lima, sitiar al Callao, recibir los refuerzos, organizar el país libertado, aumentando así la preponderancia de la causa independiente, y aplazar la campaña de la sierra para

los primeros meses del año entrante. Tomado este partido en Sañayca, el 6 de octubre, dio a Sucre amplias facultades autorizándolo a continuar las operaciones activas o a acantonar el ejército; solo le recomendó, para este caso, tomar cuarteles de invierno en las provincias de Andahuaylas y Abancay, y regresó por Huamanga y Huancavelica, llegando a Huancayo el 24 de octubre. En esta ciudad recibió un despacho informándole que el Congreso de Colombia había derogado la ley del 9 de octubre de 1821, en virtud de la cual podía gobernar los departamentos del sur, considerados hasta entonces en estado de guerra. La nueva ley promulgada el 28 de julio, antes de la batalla de Junín, es decir, cuando no estaba decidida la campaña en el norte del Perú, volvía los departamentos del sur de Colombia al Gobierno de Bogotá y exoneraba al Libertador del mando directo del ejército colombiano, auxiliar del Perú; absurdo e ingratitud a un mismo tiempo, producto del egoísmo de los partidos y de su ceguera, tan frecuente cuando se desbordan los celos del poder. A pesar de la injustificada afrenta no perdió un momento en mandar a cumplir la ley, respondiendo el ejército, profundamente impresionado, con una protesta sentida y respetuosa. El Libertador continuó sus trabajos, obrando únicamente como dictador del Perú, donde quiera ordenó y vigorizó la administración y en dos semanas reunió en Huancayo y Jauja 300 veteranos y 700 reclutas, encaminándolos luego al cuartel general de Sucre.

La presencia del navío *Asia* y del bergantín *Aquiles*, naves de guerra de primer orden, en el Callao, donde se unieron a una corbeta y cuatro bergantines, amenazaba la supremacía marítima de los independientes. Mas afortunadamente, el empeñado combate dado el 7 de octubre frente a la isla San Lorenzo, a pesar de la superioridad de los españoles, quedó indeciso. Al otro día, la escuadra española salió del Callao al sur, en dirección de los puertos de Intermedios, y Guise abandonó temporalmente el bloqueo para llevar sus buques maltrechos a los astilleros de Guayaquil.

El coronel Urdaneta había ocupado la capital con la división de 1200 hombres formada en los departamentos de Trujillo y de la Costa, al norte de Lima; pero mientras Bolívar descendía la cordillera fue batido aquel entre Lima y el Callao, en el sitio denominado la Legua, por dos escuadrones, hábilmente emboscados y unas compañías de infantería. El Libertador recibió la noticia en Chancay, puerto situado a doce leguas

al norte de Lima. Inmediatamente llamó a Urdaneta, castigó severamente a los que habían mostrado cobardía, fusilando tres o cuatro de los más culpables, reorganizó y aumentó la división y entró a Lima, de donde la población, escarmentada del duro gobierno del coronel Ramírez y decidida de nuevo por la independencia, no lo dejó salir. Con escasas tropas restableció el asedio del Callao, lleno de confianza se entregó a la lealtad de los limeños, y en pocos días puso en línea, con el concurso de jefes peruanos, y contando el Escuadrón de Lanceros de Venezuela, recién llegado de Panamá, 3000 soldados, de los cuales 500 solamente eran guerrilleros.

El coronel Espinar fue destinado a Huacho, a esperar los 4000 venezolanos y magdalenos prontos a llegar, debiéndolos conducir luego a Canta y de allí por Tarma, Jauja, Huancayo, y de Huancavelica a Huamanga; pero precipitándose los sucesos en la sierra, la campaña se decidió antes de la llegada de estas tropas, y solo se emplearon en el sitio del Callao. En Lima, y en todo el territorio libre, bajo el impulso del Libertador, se trabajaba con extraordinaria actividad, facilitando las tareas oficiales el entusiasmo y decisión de las poblaciones, completamente reaccionadas del desaliento causado por los sucesos de principios del año. En esos mismos días Bolívar se dirigió a toda la América, invitándola a formar el Congreso de Panamá.

A mediados de octubre, el ejército unido cruzó la serranía trasversal de Chumba y fue a establecerse en la cuenca del Pachachaca, en la provincia de Aymaraes, ocupada desde hacía días por los cuerpos avanzados. La infantería se situó en Sañayca, Soroya, Capaya, Toraya y Pichirhua; la caballería colombiana adelante en Pacsisa, Soraica y Tapaysihua, y los jinetes peruanos sobre la derecha en la quebrada arriba de Chalhuanca. Sucre, para obrar defensiva y ofensivamente tal como había convenido el Libertador, cediendo en parte a insinuaciones suyas, pensó llevar el ejército a Mamara y los puestos avanzados a Haquira y Mara, echando al otro lado del Alto Apurímac a los cuerpos enemigos situados en su margen izquierda. Las noticias de los españoles permitían creer que por el momento no pensaban moverse contra los independientes. En efecto, los cuerpos avanzados en Capacmarca retrocedieron a Agcha, y el virrey mandó cortar el puente de Cocpa. El movimiento de Sucre a Mamara solo tenía por objeto provocar a los contrarios a descubrir sus planes

y a mantenerlos en alarma, y sin poder efectuar con reposo sus reemplazos; pero también podía conducir a una batalla inmediata, o bien al abandono del Cuzco por los españoles; y en caso de no realizarse ni una ni otra de estas eventualidades, el ejército unido se estacionaría tranquilamente a consumir los recursos de la provincia de Cotabambas. Sucre calculaba que los enemigos no podrían presentar en un campo de batalla sino 8000 hombres y contaba oponerles cerca de 7000; mas, como luego veremos, los españoles reunieron fuerzas mucho más elevadas. Valdés estaba en Agcha, adelante del Alto Apurímac, y se cubría con este río Canterac en Paruro y el virrey en el Cuzco, y sus cuarteles, cercanos entre sí, se comunicaban con el de Valdés fácilmente por los vados del río.

Pronto se hallaba el general en jefe, el 24 de octubre, a tomar aquella iniciativa importante, cuando recibió carta de Bolívar, fechada el día 12, aconsejándole de un modo definitivo acantonar el ejército; inmediatamente, Sucre suspendió las órdenes dadas para el movimiento ofensivo, pero resolvió mantener el ejército en la provincia de Aymaraes, y reservar los recursos de Andahuaylas y Abancay para los meses de enero y febrero, medida muy bien calculada, como todas las suyas, a fin de no verse obligado, por falta de víveres, a movimientos extemporáneos y peligrosos. A pesar de la amplia autorización dada en Sañayca, y de su deseo de tomar la ofensiva, Sucre no podía desatender la recomendación del Libertador, inspirada en el sistema razonable a todas luces, de prolongar la campaña y esperar los refuerzos de Colombia, tanto más cuanto que pocos días después, el 18 de octubre, repitió Bolívar el mismo consejo y, más aún, la indicación de dar una proclama al ejército en igual sentido; expresado todo en tales términos —dice Sucre— “que sin faltar a un deber no es posible continuar las operaciones”. Los movimientos subsiguientes del ejército unido, hasta pocos días antes de la batalla de Ayacucho, estuvieron subordinados a este propósito de prolongar la campaña y dar tiempo a la llegada de los nuevos refuerzos de Colombia¹.

Sucre, seguro de sí mismo y de la disciplina del ejército, contaba batir al enemigo en cualquier parte que lo encontrase, y en tal caso, tomando

1 Las dos cartas del Libertador de 12 y 18 de octubre no existen; solo se conoce su contenido por las referencias de las cartas de Sucre. Véanse estas en O'Leary, *op. cit.*, t. I, pp. 184 y ss.

la ofensiva, esperaba se presentase una ocasión favorable que sabría aprovechar. “Nuestras tropas —recuerda al Libertador— son de obrar a la ofensiva”; pero pesando, al mismo tiempo, las poderosas razones en favor del aplazamiento de las operaciones activas, manifestó gustoso al jefe de la independencia su disposición a seguir el consejo de acantonar el ejército.

El Libertador contestó a estas observaciones diciéndole que las ideas expuestas en favor del aplazamiento de la campaña no variaban ni restringían la autorización dada en Sañayca de proceder libremente.

Por el contrario —le escribía el secretario a Sucre, con fecha 9 de noviembre—, S. E. confía cada día más y más en el tino, en la prudencia, en la actividad, en los conocimientos y en las demás cualidades que tanto distinguen a V. S. Lo que única y exclusivamente desea S. E. es la destrucción del enemigo con la menor pérdida nuestra, y a esta operación debe V. S. contraer todas las de la campaña. Enterado V. S. de esto, puede acantonar el ejército, puede V. S. continuar las operaciones activas, en fin, puede V. S. obrar como lo juzgue más útil al servicio público.

Mas en el mismo oficio se le añadían estas observaciones muy justas, pero restrictivas:

- 1.º Que de la suerte del cuerpo que V. S. manda depende la suerte del Perú, tal vez para siempre, y de la América entera, tal vez por algunos años.
- 2.º Que como una consecuencia de esto se tenga presente que cuando en una batalla se hallan comprometidos tantos y tan grandes intereses como los indicados, los principios y la prudencia, y aun el amor mismo a los inmensos bienes de que nos puede privar una desgracia, prescriben una extremada circunspección y un tino sumo en las operaciones, para no librarlas a la suerte incierta de las armas, sin una plena y absoluta seguridad de un suceso.

Y la orden expresa de librar una batalla, cualquiera que fuesen las consecuencias, no llegó a Sucre, sino cinco días antes de Ayacucho y fue dada a exigencia suya, en vista del cambio de situación a consecuencia de las operaciones emprendidas por los realistas y de la tardanza de los refuerzos de Colombia.

De acuerdo con el sistema adoptado de acantonar al ejército, Sucre lo llevó el 24 de octubre a Circa y Lambrama, pueblos a siete leguas uno de otro, en las lomas o mesetas, situadas entre los ríos Pachachaca y Oropeza, más cerca del río Apurímac, y dentro de la provincia de Abancay. La caballería se colocó atrás, a orillas del primero de estos ríos, en haciendas de magníficos pastos. Dos días después, Sucre se fue adelante con el Batallón N.º 1 del Perú y lo apostó en Nahuinlla, del otro lado del río Oropeza, y con una compañía de Cazadores se adelantó a Mara, Haquira y Tambobamba a reconocer el país y a observar al enemigo, mientras Miller con unos cuantos Granaderos de los Andes, hacía la descubierta. La provincia de Cotabambas debía darle ganados, cebada y caballos. También dispuso que el Batallón N.º 2 y la Legión Peruana se situasen en Lichivilca, detrás del único puente del río Oropeza, invadable en la estación lluviosa, a sostener al N.º 1, y situó en Larata al Batallón N.º 3 del Perú a cerrar el paso de Cocpa. Pudiendo reunir el ejército en extensas lomas propias para obrar la infantería y la caballería, y resguardado por dos ríos caudalosos, el Apurímac y el Oropeza, la posición era cómoda y perfectamente segura. “Por cualquier parte —escribe Sucre— que quieran buscarnos los enemigos, han de hacer tres veces las jornadas que nosotros para reunirnos”. Situación admirable, de acuerdo con uno de los principios fundamentales del arte². Pero los españoles no le permitieron muchos días de reposo.

El 20 de octubre, las fuerzas principales del ejército español permanecían en el Cuzco y Paruro, del otro lado del río Apurímac, y en Agcha, entre el curso superior de este y el río de Santo Tomás, y tenían un puesto avanzado en Velille, hacia la derecha de Sucre. El general Valdés había traído 3000 hombres al Cuzco el 10 de octubre, fecha que nos indica claramente la imposibilidad para los patriotas de atacar al virrey antes de recibir ese refuerzo, pues los independientes se hallaban el 25 de septiembre entre Huancaray y Pampachiri, en la cuenca del Pampas, y no

2 Federico el Grande enuncia así este principio: “Pour savoir si vous avez bien choisi votre camp, il faut voir si par un petit mouvement que vous ferez, vous forcerez l'ennemi d'en faire un grand, ou si après une marche il sera contraint d'en faire encore d'autres. Ceux qui en feront le moins, seront les mieux campés” (“Article VIII: Des Camps”, *Instructions Militaires du roi de Prusse* [Frédéric II], pour ses généraux, t. I, Potsdam, 1805, p. 159.

podían ponerse en marcha sin riesgo de estropear los caballos, sino dos semanas después, es decir, precisamente el día de la llegada de las tropas de Valdés al Cuzco.

Este activo general español perdió poco más de la mitad de su efectivo en los combates con Olañeta y en el tránsito de cerca de doscientas setenta leguas de Potosí a la capital incaica, pero repuso las bajas recogiendo al paso numerosas guarniciones. Su división constaba de los batallones 1.º y 2.º de Gerona, 2.º del Imperial Alejandro, 1.º del Primer Regimiento del Cuzco, 2.º de Fernando VII, cuatro escuadrones del Regimiento Granaderos de la Guardia y un escuadrón de Dragones del Perú. Total: cinco batallones, los más afamados del ejército real, y cinco escuadrones. El ejército del norte tenía la caballería en el Cuzco y la infantería en Paruro, distante ocho leguas; lo formaban los batallones 1.º del Imperial Alejandro, Burgos, Cantabria, Castro, Victoria, Guías, Centro, 2.º del Primer Regimiento y Huamanga, y dos escuadrones de Dragones de la Unión, uno de Dragones del Perú, otro de Dragones de Fernando VII, y un Escuadrón de Granaderos de San Carlos, por todo 9 batallones y 5 escuadrones. El ejército real comenzó su movimiento el 16 de octubre, mas no partió de Paruro hasta el 22. Su fuerza total montaba a 11 200 hombres entre infantería y caballería, pues aunque en el Cuzco se habían reunido 11 400 infantes y 1600 jinetes, quedaron en la guarnición algunas secciones de tropas que no estaban listas para marchar. El general Valdés, defendiéndose en España de injustas imputaciones, afirmó muchos años después, para salvarse de los ataques virulentos de sus enemigos políticos, y teniendo a la vista el parte de Sucre de la batalla de Ayacucho, que solo habían salido del Cuzco 9310 hombres, pero si se tienen en cuenta las fuerzas concentradas en dicha capital, a saber: los 3000 soldados del Alto Perú, 6000 o poco menos del ejército de Canterac, más de 4000 de que disponía el virrey en los departamentos del Cuzco y Arequipa, y la numerosa recluta mantenida en depósito por los jefes realistas, no queda duda de que el efectivo asignado es el verdadero y así lo atestigua O'Connor, quien tuvo en sus manos los estados tomados al enemigo, lo dice Miller, bien informado de estos detalles, y lo afirma el capitán español Sepúlveda, autor del *Diario de la campaña*. Cuando los dos ejércitos marcharon paralelamente y a corta distancia, en

los días anteriores a la batalla, se vio claramente la superioridad numérica del ejército real. Los estados del ejército unido publicados en España, en la memoria de Valdés, así como los estados supuestos al ejército español, fueron preparados en Madrid en medio del calor de los partidos, para la defensa de los generales que habían hecho toda clase de sacrificios en el Perú y a quienes se recriminaba por no haber podido detener la marcha de la revolución americana³.

Pocos días tenía el Batallón N.º 1 del Perú en Nahuinlla cuando se vio obligado a evacuar el puesto por el avance de algunos cuerpos de la división Valdés, no habiendo llegado a salir de Lambrama por esta causa el Batallón N.º 2 y la Legión Peruana, a los cuales se había encomendado la misión de sostenerlo en aquel punto. El N.º 1 se retiró derechamente a Llichivilva, donde Sucre permaneció en observación juzgando que detrás de la división Valdés, única fuerza hasta entonces en marcha, podía venir todo el ejército real, o bien, que el movimiento de Valdés fuese para encubrir el avance del virrey de frente, es decir, por el camino real del Cuzco al paso de Cocpa u otro inmediato. Los cuerpos del ejército permanecían en sus cantones, arma al brazo, esperando órdenes para reunirse.

El 2 de noviembre, Sucre resolvió mudar los acantonamientos a la provincia de Andahuaylas, por haber recibido ese día la carta del Libertador, fechada el 18 de octubre en Huamanga, inspirada en el sistema de prolongar la campaña y esperar los refuerzos de Colombia, a la cual nos hemos referido, pero, al dirigirse hacia los cuarteles del ejército en el Pachachaca, recibió un parte urgente de las avanzadas anunciándole que todo el ejército enemigo se había presentado de repente, se movía en dirección de los patriotas y quizás tendrían que batirse al otro día. En el acto, Sucre procedió a reunir el ejército en Pichirhua, detrás de la línea del Pachachaca. “La operación natural —escribió Sucre al Libertador— era marchar a Mamara a buscar al enemigo”, es decir, avanzar arrogantemente a presentarle batalla. Pero no tomó este partido teniendo presente los deseos repetidos del Libertador de prolongar la campaña mientras fuese posible y dispuso permanecer en Pichirhua diez días hasta agotar

3 Conde de Torata, *op. cit.*, t. I, pp. 87 a 104 y 250.

los pastos y luego pasar a la provincia de Andahuaylas, si el enemigo no se dirigía contra él.

El ejército español en masa había avanzado por la cuenca del río Santo Tomás; siguiendo adelante cruzó los diferentes afluentes del Apurímac, en dirección de Pampachiri, rodeando, a más de ochenta kilómetros de distancia, los acantonamientos del ejército unido, por el camino transversal de Huamanga, paralelo al camino real cubierto por el ejército de Sucre.

El 29 de octubre los realistas pasaron por el pueblo de Haquira; el 31 durmieron en los altos de Mamara y luego siguieron por Chalhuanca y Sañayca, y el 8 de noviembre acamparon en Pampachiri, a ciento cincuenta kilómetros a retaguardia de Sucre. Hasta aquí podía considerarse que el movimiento de los enemigos tuviera por objeto atacar al ejército unido, pero los españoles cruzaron el río Pampas, continuaron hacia el norte, pasaron por Vilcas Huamán y el 16 de noviembre los cazadores de la vanguardia ocuparon a Huamanga. Según declaró el general Valdés en la Península, esta marcha se debió al plan de conducir a los independientes a un terreno menos quebrado en que fuese posible empeñar la lucha, e impedir la incorporación al ejército unido de los refuerzos de Colombia, que los españoles suponían caminando de Jauja hacia Huamanga. Pero esta explicación no corresponde a la verdad, porque el terreno al norte del Pampas es mucho más abrupto que en las mesetas y lomas de Aymaraes y Andahuaylas donde Sucre convidaba a la batalla; y en cuanto a los refuerzos, bien sabían los españoles al llegar al Pampas que todavía no habían desembarcado en el Perú.

El 10 de noviembre se preparaba Sucre en Pichirhua a marchar a Andahuaylas, cuando, según sus noticias, los españoles pasaban por Sañayca en dirección de Pampachiri. Los enemigos podían seguir el movimiento hacia Huamanga o torcer a la derecha sobre Andahuaylas. “Sentiré —escribe el general en jefe al Libertador— que nos tomen la espalda, pero no me da cuidado, porque tengo absoluta confianza en el ejército”. Su pensamiento era batir al enemigo en cualquier parte que lo encontrase excusando atacar posiciones fuertes; perfectamente tranquilo, tenía la convicción de saber escoger en el campo de batalla, entre tantas combinaciones posibles, la que le permitiera anonadar a su contrario, presentándole en el punto decisivo fuerzas superiores, aun cuando su ejército fuera menor.

Al saber que el ejército enemigo había llegado a Pampachiri, Sucre se dirigió con el suyo a Andahuaylas, donde llegó el 12. El 13, informado de que los españoles habían marchado a Coñani, no dudó que seguirían a Huamanga. Entonces concibió el proyecto de dejar la división La Mar custodiando la inmensa impedimenta del ejército, demasiado estorbosa en las marchas y adelantarse solamente con las tropas colombianas hasta la línea del Pampas o hasta Huamanga si el enemigo seguía a Jauja, pero luego, en vista de ulteriores noticias, abandonó este propósito y siguió al norte con todo el ejército reunido⁴.

García Camba afirma que los españoles se sorprendieron desagradablemente en el Pampas, al saber que Sucre, sin preocuparse de perder las comunicaciones, había permanecido inmóvil en Andahuaylas, oponiendo una tranquila presencia al vertiginoso e inútil movimiento envolvente del enemigo, a lo que se añadía que los mismos soldados del ejército real no comprendían bien el objeto de aquellas marchas a que los obligaba su general en jefe. “Para allá se van los godos —escribía Sucre a Bolívar—, Vd. extrañará una marcha tan loca”. El Libertador, pensando en la posibilidad de que el virrey fuera a la Costa, ordenó a Sucre tener reunido el ejército y marchar sobre el enemigo en cualquier dirección que tomase, pero sin cruzar la cordillera, sino por motivos urgentes y necesarios. “Si el virrey va a Ica —le dice— para volver a la sierra o dirigirse a Arequipa, lo mejor sería marchar por la Sierra hacia Arequipa en pos de él, y si va a Lima, Vd. debe quedarse en Jauja. Por los pies—agrega—se ha conservado el Perú, y por los pies se perderá”⁵.

En el caso de que los españoles se fuesen a Ica o al Callao, Bolívar pensaba oponerles las tropas reunidas en Lima y los colombianos esperados por momentos, para los cuales tenía ya listos caballos, bagajes y víveres; pero calculando detenidamente las consecuencias de la invasión a la costa, consideró improbable tal movimiento por las pérdidas de caballos que

4 El Libertador le improbó la operación de adelantarse con solo el ejército de Colombia, pero el mismo Sucre desistió de ella enseguida, pues, como va dicho en el texto, la concibió únicamente para el caso de que los enemigos se fueran hacia el norte. En la misma carta, Bolívar le ratifica las autorizaciones que le había dado, en esta forma: “Vd. está autorizado a hacer lo que mejor le parezca, y esta autorización no recibe ni modificación ni restricción alguna” (*Cartas del Libertador, op. cit.*, p. 211).

5 *Idem.*

sufriría el ejército enemigo y los efectos funestos del clima de la costa en tropas acostumbradas a la cordillera.

Cuando algunos decían en Andahuaylas que el ejército unido estaba cortado, contestaban los soldados: “Mejor, porque estamos ciertos de que nos esperan”, y esto es una confirmación del hecho muy sabido de que si los soldados tienen práctica de la guerra y están bien mandados penetran con frecuencia el pensamiento de su general. La actitud de Sucre, contrastando con la de Canterac antes de Junín, impuso respeto a los enemigos y llenó de confianza a los soldados independientes.

Pero los españoles no llevaron todo su ejército a Huamanga, ni pensaban dirigirse a Lima: el cuerpo principal se detuvo en el campo de Rajay Rajay y pronto regresó la vanguardia a unírsele. Las tres divisiones de Sucre avanzaron lentamente a San Jerónimo, Andahuaylas y Talavera, donde permanecieron desde el 14 al 19 de noviembre, en actitud defensiva, detrás del río de Andahuaylas, mientras los enemigos realizaban los extensos movimientos mencionados. El 18, Sucre se dirigió sobre el Pampas; el 19, partidas avanzadas se batieron con un cuerpo enemigo cerca del río e incendiaron el puente, y el 20, al llegar el ejército unido a Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombón.

Los enemigos, a su vez, habían retrocedido de Rajay Rajay al Pampas, estableciéndose en el pueblo de Concepción a una legua del río en su margen izquierda. Valdés lo cruzó rápidamente por el vado inmediato con el agua al pecho y ascendió a reconocer las alturas de Bombón, pero luego que se impuso de la proximidad de Sucre, retrocedió velozmente y esguazó de nuevo el río hacia la orilla izquierda.

De estas tropas españolas, divisadas en Bombón el 20 al llegar los independientes a Uripa, solo quedaron tres compañías, y cargadas por el coronel Silva, con una compañía de infantería y otra de caballería, fueron puestas en derrota y obligadas a repasar el río: ellas habían sido dejadas en aquella posición por la división Valdés, cuando hizo el reconocimiento de que hemos dado cuenta. Las compañías de Silva pudieron observar desde la orilla del río a todo el ejército real, en Concepción, en una posición formidable, mientras el ejército unido continuaba en Uripa. Los dos ejércitos se hallaban a pocas leguas separadas por el profundo valle de Pomacochas, lecho del río Pampas.

El 21, 22 y 23 el encuentro de las descubiertas fue siempre ventajoso a los americanos. El 24 los españoles emprendieron marcha río arriba hasta cerca del vado de Carhuanca, desandando el camino que los había conducido a cortar a los independientes y reposaron allí dos días. Sucre, al saberlo, llevó su ejército río abajo a las alturas de Bombón, inmediatas y a la margen derecha del Pampas donde permaneció hasta el 30, y luego se trasladó rápidamente con todo el ejército a la orilla izquierda, restableciendo sus comunicaciones con el Libertador, y burlando completamente al enemigo. Este último movimiento lo ejecutó al tener conocimiento de que los españoles habían pasado frente a Carhuanca a la margen derecha una parte de su ejército, e indicaban que todo él pasaría el río, probablemente con el objeto de obligar a Sucre a aceptar la batalla, con el río Pampas a la espalda. El general Valdés ha asegurado posteriormente que el plan sugerido por él al virrey consistía en aprisionar al ejército de Sucre en el valle de Pomacochas, entre el cuerpo principal del ejército español, que debía regresar rápidamente a sus antiguas posiciones de Concepción en la orilla izquierda, y la división Valdés destinada en la orilla derecha a caer sobre la retaguardia de Sucre, cuando este intentase cruzar el río, pero todo quedó sin efecto por el rápido movimiento de Sucre. Según Valdés, cinco horas de tiempo ganadas de noche por Sucre en el paso del río frustraron la combinación, porque el virrey no se hallaba todavía en el punto conveniente para detenerlo⁶.

Quizás fue una fortuna de los realistas que no llegasen a desarrollar este proyecto, porque el general republicano probablemente habría destrozado uno tras otro los dos cuerpos del enemigo, separados por una ancha corriente, aun cuando el terreno ofreciese un largo desfiladero para bajar al río y otro para subir del lado de Ocros, pues no era Sucre tan lerdo para dejarse coger en una ratonera, ni se le habría ocultado la división del enemigo en dos cuerpos separados por el río. Valdés se engañaba partiendo de la hipótesis falsa de suponer los movimientos próximos del enemigo propicios a los designios por él premeditados⁷.

6 Conde de Torata, *op. cit.*, t. III, p. 51.

7 Tan seguro estaba Valdés de aprisionar a Sucre con todo su ejército, que al llegar a Bombón dijo a sus ayudantes: "Hemos terminado la campaña tan felizmente como no se ha visto terminar ninguna; aturdido Sucre (sic) con nuestro movimiento envolvente, se ha

El paso de los españoles a la orilla derecha del Pampas, cuando Sucre se hallaba en Bombón, hizo pensar a este que los enemigos podrían ocupar las provincias que él había abandonado, de donde sacaba las subsistencias, y este fue un motivo más para cruzar el Pampas tan rápidamente y buscar los recursos de las provincias de Huamanga y Huanta, ricas en víveres y pastos. Frustrado el plan de Valdés, este general con su división repasó el río y alcanzó al virrey en su marcha hacia Concepción y Ocos.

El ejército unido acababa de llegar a la pampa de Matará en la mañana del 2 de diciembre, cuando el español ocupó los altos de Pomacahuanca a la vista de los republicanos. Aunque la posición no presentaba ventajas, Sucre ofreció la batalla, pero los enemigos se movieron sobre su propia izquierda por los altos nombrados, situados a la orilla de la pampa, y tomaron una posición inaccesible. El día 3 el cuerpo principal del virrey retrocedió como media legua. Sucre volvió a ofrecer batalla, y los españoles, lejos de aceptarla, siguieron otra vez las lomas de la izquierda del camino real para cerrar al ejército unido el camino al norte. Antes había sido indiferente a Sucre dejar al enemigo a la espalda, pero Matará carecía de recursos y por tanto era necesario seguir la retirada a Tambo Cangallo. El ejército unido rompió la marcha oportunamente para salvar la quebrada de Corpahuaico antes de que llegase el grueso del ejército enemigo, mas este hizo adelantar con tal velocidad la división Valdés, desde la retaguardia del ejército, que una columna ligera pudo llegar a tiempo de situarse en la parte superior de la quebrada por donde debían pasar los republicanos. El terreno favoreció el movimiento de Valdés, permitiéndole ocultarse de los patriotas, y mientras lo ejecutaba, el grueso del ejército español permanecía quieto en sus posiciones hacia atrás. Las divisiones de Córdova y La Mar habían cruzado la quebrada, cuando la columna enemiga cayó bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedor y Rifles de la división Lara que cubrían la retaguardia. El general Sucre ordenó que este último heroico batallón trepase una loma y desplegado en guerrillas abriese un vivo fuego sobre el enemigo, mientras el general Lara y luego el general Miller hacían desfilas a la caballería y las municiones por un camino inmediato más abajo del camino principal. Enseguida,

metido donde no le es posible salir” (cita al *Diario* de Sepúlveda en *ibid.*, t. III, Segunda parte, p. 33).

cruzaron la quebrada los batallones Vencedor y Vargas y este último fue situado por el general Lara en una altura desde donde cruzaba sus fuegos sobre el enemigo, operación que permitió terminar el desfile de la caballería y del parque de las divisiones y la retirada de Rifles. El combate costó a los independientes más de 300 hombres, entre muertos, heridos y dispersos, el parque de campaña y una pieza de artillería, pero valió al Perú su libertad, según la expresión de Sucre, porque animó a los enemigos a empeñar sin más dilación la batalla. El escuadrón de Granaderos de los Andes tuvo algunos dispersos y no pudo incorporarse hasta la víspera de la batalla. El movimiento de Sucre hacia adelante fue ejecutado cuando las circunstancias indicaron su necesidad, y no era de suponer que el enemigo estorbaba el paso, puesto que el ejército real estaba a retaguardia, y solo una columna ligera, inferior en número a cualquiera de las divisiones republicanas, podía efectuar un movimiento tan rápido como para caer sobre la retaguardia del ejército en el momento del paso de la quebrada. La serenidad desplegada por la división Lara, se debió a su disciplina y práctica de la guerra, a la destreza de su comandante y a la confianza de la tropa en la dirección del general en jefe⁸.

8 Sobre las diversas versiones de este combate debemos hacer algunas observaciones. Desde luego, no puede ser exacto, como dice Lara, que Sucre se desentendiera de la retaguardia durante el conflicto y solo se presentara a las nueve de la noche cuando ya todo había concluido. Esto es inaceptable dado el carácter y la capacidad de Sucre. O'Connor, ocupado adelante en la vanguardia, asienta en sus *Recuerdos* que él no vio a Sucre en toda la noche, "pero no es esto decir que él hubiera abandonado al ejército, muy al contrario, el general Sucre trabajó mucho y muy bien en todo este conflicto". Así como Lara se quejaba de Sucre, Sandes, comandante del Batallón Rifles se quejaba de Lara; y Morán, por su parte, se atribuía la salvación del ejército; diferencias todas de criterio explicables porque cada uno juzgaba los sucesos desde su punto de vista personal. (O'Leary, narración II, *op. cit.*, p. 306; O'Connor, *op. cit.*, p. 90; Alfredo Guinassi Morán, *General Trinidad Morán. Estudios históricos y biográficos*, Arequipa, 1918, p. 240). El coronel Germán G. Yanes, estudiando las distancias, el terreno y documentos originales, asienta con razón que toda la división Valdés no estuvo en el ataque: "Primero, porque está comprobado que solo combatieron del lado patriota los batallones Rifles y Vargas, y por parte de los españoles solo se menciona al Cantabria, cuyo jefe, el coronel Tur, fue ascendido por este hecho a brigadier; segundo, porque no es posible suponer, dado el talento militar del general Valdés que hubiera permitido, emboscados entre peñascos, el desfile de las divisiones Córdova y La Mar, y atacara la división Lara; y tercero, porque si así sucedió, revelaría que el general Valdés no contó con el número de tropas suficiente para enfrentarse a la masa

Engreídos los españoles con su ventaja, en la mañana del 4 destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de su izquierda a descabezar la quebrada de Corpahuayco, creyendo que Sucre les opondría resistencia en el paso de esta. La barranca de la quebrada permitía una fuerte defensa, pero Sucre, deseando apresurar la batalla, les abandonó la barranca y se situó en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo. Los españoles no aceptaron el desafío y siguiendo su sistema de maniobrar, al subir la barranca marcharon velozmente a los cerros enormes de la derecha de Sucre, evitando todo encuentro cuando a ellos les convenía combatir, por su superioridad numérica, en aquella llanura despejada.

Debiendo Sucre asegurar la recolección de víveres resolvió continuar hacia el norte. En la noche de ese mismo día pasó el ejército unido la profunda quebrada de Acroco, siguió al pueblo de Huaichao, y el 5 en la tarde se dirigió a Acos Vinchos, mientras el ejército real avanzaba a Tambillo, hallándose siempre a la vista de los independientes; el 6 ambos continuaron sus marchas: Sucre por el pueblecillo de la Quinua al campo inmediato de Ayacucho, y La Serna hacia el punto de Macachacra, atravesando en una marcha forzada la barranca y el río Pangora, bajo la protección de su vanguardia convenientemente colocada. Los españoles quedaron al oeste de los republicanos, en las formidables alturas de Pacaicasa, cortándoles otra vez sus comunicaciones con el norte. El 7, el ejército unido permaneció tranquilo en su campo de Ayacucho y el de La Serna, atravesando por entre huertas y sembrados, trasladó el suyo a un cuarto de legua al este de Huamanguilla y hacia el norte de la Quinua. El 8 el ejército real continuó su movimiento envolvente y se situó en el cerro de Cundurcunca, en una posición que dominaba el campo de Ayacucho. Había descrito un arco alrededor del ejército unido, y daba la espalda al valle de San Miguel, con salida al río Pampas, y por tanto, al camino del Cuzco. El independiente, en reposo desde el 7, cambió su

patriota, no obstante la favorable posición escogida” (artículo publicado en *El Comercio*, de Lima y reproducido en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, n.º 45, Caracas, p. 62). Sucre y los demás actores que escribieron adoptaron la información que les dio Valdés, después de Ayacucho. En el parte, dice Sucre, que se perdió todo el parque de campaña, pero no se refiere a las municiones, sino al material de guerra que llevaba el ejército, acepción precisa de la expresión usada por Sucre.

frente al oriente en el mismo campo y quedó situado en la parte alta de la meseta al pie del Cundurcunca, y libre su comunicación con Lima.

Ayacucho es una meseta convexa e inclinada en un estribo de la cordillera oriental. Mide de ancho 600 metros, en la parte más elevada, y 750 metros en la más baja, medidos de norte a sur, y 1200 metros de largo en dirección de este a oeste. En la parte baja tiene 3360 metros sobre el mar, y en la más alta, al pie del Cundurcunca, 3460 metros.

Desde el sitio en que se iban a decidir los destinos de la América del Sur, situado a media falda de la cordillera oriental de los Andes, se distingue una inmensa hoya cubierta de ramales secundarios y valles profundos, y al frente, a muchas leguas de distancia, las cimas de la cordillera occidental. El soberbio panorama está en armonía con la grandeza de los acontecimientos que fijaron allí los destinos del Nuevo Mundo español.

Ante aquella escena imponente, Sucre ofreció “al ejército, premiar sobre el campo de batalla a los que se distinguieran dándoles los ascensos a que fueran acreedores, y una medalla de honor que sería el distintivo de los que iban a librar a su valor la suerte de la nación, nuestro crédito y la paz de América”. Tales fueron sus palabras al asumir la responsabilidad de dar ascensos, motivada por el desconcierto causado en el ejército por la ley de 28 de julio, que exoneraba al Libertador de la facultad de concederlos⁹.

En el campo no hay más vegetación que paja menuda y de trecho en trecho pequeños arbustos de quinua que dan nombre al pueblo vecino. La meseta está separada del Cundurcunca, en poco menos de las dos terceras partes de su anchura, por una quebrada o barranco, que baja del cerro y formando un ángulo obtuso cruza hacia la quebrada de la izquierda. En el tercio restante, de menos de trescientos metros, el terreno sube insensiblemente de la meseta a la falda del cerro sin obstáculo alguno. Del otro lado de la quebrada de la izquierda, en terreno más bajo, existen algunas casas con pequeños arbolados. A doce kilómetros de distancia, en línea recta, con profundos valles intermedios, se halla la ciudad de Huamanga, desde la cual con anteojos se distingue perfectamente el campo.

9 Nota de Sucre de 30 de diciembre de 1824, al secretario de la Guerra de Colombia. Cortés Vargas, *Participación de Colombia en la libertad del Perú*, t. III, Talleres del Estado Mayor General, Bogotá, 1924, p. 119.

El Cundurcunca, en el punto en que acampó el ejército real, tiene unos doscientos metros de altura sobre la pampa o meseta. La quebrada a la derecha de la pampa, o sea, al sur, es profunda e inabordable y la de la izquierda o del norte mucho menos honda, se puede atravesar en diferentes partes, y se forma de varias quebradas del mismo Cundurcunca.

Los cerros, desnudos, grises con tintes amarillentos y rojizos, se prolongan en filas interminables, a uno y otro lado del campo. En los valles más hondos se observan pequeñas manchas de árboles. Los indios silenciosos y tristes, con sus trajes multicolores, vistos de lejos, ponen una nota alegre en las veredas inmediatas a la Quinua, bordeadas de árboles de pequeña altura.

Por la descripción del terreno se comprende que el ejército real, situado en el Cundurcunca, no podía bajar a la meseta sino de frente, atravesando el espacio libre y el barranco del cerro, y por la izquierda de los independientes, cruzando en sus cabeceras las pequeñas quebradas que forman la quebrada de la izquierda del campo, y subiendo luego para atravesar esta última.

Sucre, situado en la parte alta de la meseta, hizo avanzar el día 8 hasta el borde del barranco del cerro algunas compañías de cazadores, y en la noche el general Córdova subió con ellas, y las bandas de música, a la falda; y con frecuentes descargas mantuvo en alarma al enemigo, con el objeto de impedir que intentase bajar a la pampa antes del amanecer.

El día 9 de diciembre se hallaban los dos ejércitos dispuestos a la batalla. La línea de los independientes se formó en ángulo saliente, a corta distancia del barranco del frente y sobre la quebrada de la izquierda. Los batallones de Bogotá, Voltígeros, Pichincha y Caracas, de la división Córdova, ocuparon la derecha; la Legión Peruana y los batallones N.º 1, N.º 2 y N.º 3 del Perú, con el general La Mar, la izquierda. En el centro los Granaderos y Húsares de Colombia a las órdenes de Miller; y en reserva los batallones Rifles, Vencedor y Vargas de la división Lara, los Húsares de Junín y el pequeño escuadrón de Granaderos de los Andes. La única pieza de cañón al frente. Por todo sumaban 5780 hombres. Sucre, hábilmente apoyado en el terreno, descansaba en el especial arreglo de sus tropas para desbaratar los ataques que intentase el enemigo.

Los españoles, desde lo alto del cerro, formaron el siguiente plan: Valdés con los batallones Cantabria, Centro, Castro y 1.º del Imperial Alejandro, dos escuadrones de Húsares y cuatro piezas, debía bajar pasando las quebradas a la derecha del cerro y atacar el flanco izquierdo de los independientes cruzando la quebrada lindero de la meseta por el norte. Monet atacaría el centro por el barranco del frente con los batallones Burgos, Infante, Victoria, Guías y 2.º del Primer Regimiento del Cuzco, cuando Valdés se hubiese empeñado en la lucha. De los cinco batallones de Villalobos, el 1.º del Primer Regimiento del Cuzco a las órdenes del coronel Rubín de Celis, marcharía por el espacio libre a la orilla de la gran quebrada del sur de la meseta a proteger siete piezas de artillería que se establecerían al pie de la falda, debiendo precipitarse luego resueltamente sobre el flanco derecho de los independientes, al sentir los fuegos de Valdés. El 2.º del Imperial Alejandro avanzaría a la derecha de Rubín de Celis. En la segunda línea, en lo alto de la falda, quedarían en reserva los dos batallones de Gerona y más atrás el de Fernando VII. La 1.ª Brigada de Caballería debía avanzar en el intervalo entre la división Monet y los dos batallones empeñados de Villalobos, y la segunda permanecería a retaguardia en la altura. El ejército real constaba de 9310 hombres¹⁰.

10 Acerca del efectivo de los ejércitos existen documentos auténticos y precisos. Valdés en su *Refutación al Diario de Sepúlveda* y en una memoria dirigida al Rey, escritas, con el parte de Sucre a la vista, para defenderse de las imputaciones que le hacían en España —como ya hemos anotado—, dice que el efectivo de 9310 hombres era el del ejército en el paso del Apurímac, y que para el día de Ayacucho estaba reducido a 7000 hombres, cuando hay datos positivos que indican que los españoles sacaron del Cuzco algo más de 11 000 soldados, y los estados tomados por los patriotas y vistos por Sucre señalaban aquel número para el día de la batalla. El capitán español Sepúlveda, en su *Diario de la campaña*, asienta que en el Cuzco se reunieron 11 460 infantes y 1600 jinetes, total 13 060 hombres, y si se supone incluida en este cálculo la guarnición del Cuzco, montante a 1700 hombres, resulta para el ejército real el efectivo de 11 360. Paz Soldán calcula el ejército real, a la salida del Cuzco, 10 000 soldados, inclusive 1500 de caballería. Además, todos los testigos presenciales convienen en que el ejército real era visiblemente muy superior en número al independiente y una diferencia de 1000 hombres no se habría notado a simple vista. Valdés no es sincero, y a menudo miente en sus declaraciones, como por ejemplo cuando dice que “la capitulación fue una concesión gratuita de los enemigos, motivada por un error, de que se avergonzaron y arrepintieron cuando estaba ya hecha y no tenía remedio”, y afirma para excusar la rendición, que solo se entregaron unos doscientos hombres, lo que es falso a todas luces. (C. Torata, t. III, Primera parte,

Las primeras horas de la mañana las emplearon los españoles en bajar las fuerzas de lo alto del cerro, anticipándose en el movimiento Valdés, por ser más largo y difícil el camino que debía recorrer. Mientras se efectuaban estos movimientos hacían fuego la artillería y los cazadores; Sucre recorría los cuerpos dirigiéndoles palabras de aliento y enseguida, situándose en el centro, pronunció estas solemnes palabras: “Soldados, de los esfuerzos de este día depende la libertad de Suramérica. ¡Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia!” En sus arengas a los cuerpos dio vivas al Perú, a Colombia, a la América libre y al Libertador.

Colocadas la mayor parte de las fuerzas enemigas en la falda del Cundurcurca, la división Valdés atacó denodadamente la izquierda republicana, desde el otro lado de la quebrada. Arrojó hacia la pampa las compañías que ocupaban unas pequeñas casas e hizo retroceder algunas secciones de la división La Mar, que había avanzado por ese lado. Si Sucre hubiese esperado que los españoles desarrollasen su proyecto, estos habrían entrado en masa a la meseta y lo habrían triturado, por su superioridad numérica, entre los cuerpos del frente y los de la derecha española, inclinada sobre la retaguardia de Sucre, como se aplasta una nuez con una tenaza; pero rápido y enérgico tomó la ofensiva y fue desbaratando a los enemigos a medida que iban entrando a la pampa.

Todas las relaciones convienen en que la izquierda española avanzó antes de tiempo, por el espacio libre de la falda del cerro. Venía adelante el valeroso Rubín de Celis con el Batallón 1.º del Primer Regimiento del

| | |
|---|---------------------|
| p. 73). El distinguido general colombiano Cortés Vargas incurre en error al presentar el estado formado por el jefe de Estado Mayor O'Connor en Huamanga, el 15 de diciembre de 1824, cuando ya estaban incorporados a los cuerpos gran número de los prisioneros de la batalla, como el estado correspondiente al 9 de diciembre. He aquí la demostración: | |
| Efectivos del 15 de diciembre del ejército colombiano, según el cuadro: | 5331 hombres |
| Menos los prisioneros incorporados, según el mismo cuadro: | 1580 hombres |
| Quedan: | 3751 hombres |

| | |
|--|---------------------|
| Agregando las pérdidas de los colombianos, que según el cuadro en referencia fueron 483 heridos y 132 muertos, por todo: | 615 hombres |
| Resultan: | 4366 hombres |

| | |
|---|---------------------|
| Añadiendo el efectivo de la división La Mar antes de la batalla: | 1444 hombres |
| Monta el efectivo total del ejército unido antes de la batalla a: | 5810 hombres |

Número casi exacto al señalado por Sucre, de 5780 hombres.

Véase la notable y útil obra de Cortés Vargas, *op. cit.*, cuadro situado entre las pp. 144 y 145.

Cuzco y fue envuelto por dos batallones de Córdoba, quedando muerto el jefe y la columna aniquilada, y sin que pudieran salvarla ni el escuadrón de San Carlos, rechazado por la caballería republicana, ni el 2.º del Imperial, cargado y dispersado también por la infantería de Córdoba. La lucha continuaba con ardor entre La Mar y Valdés a la izquierda, y a la derecha parte del Batallón Caracas se precipitaba sobre la artillería enemiga, mientras Monet descendía por el centro, y Canterac daba orden de adelantarse a los dos batallones de Gerona, y hacía bajar a la caballería para llenar el puesto que dejaron libre las fuerzas destruidas de la izquierda española.

El general Monet con gran arrojo se lanzó al barranco del frente de pocos metros de profundidad, y en corto tiempo la Brigada Pardo, que formaba parte de su división, entró a la meseta. En ese momento, antes de que esta brigada avanzara y diera espacio a la 2.ª Brigada de Monet a que entrara también a la meseta, Sucre lanzó contra aquella los cuatro batallones de la división Córdoba. El joven héroe con sublime arrogancia dio la célebre orden: “¡Armas a discreción, paso de vencedores!”, siguiéndose la lucha más desesperada, y al mismo tiempo, los regimientos españoles de caballería, Granaderos de la Unión y de la Guardia, bajaron rápidamente por la falda suave del cerro a sostener a Monet, pero el Batallón Pichincha rechazó el primer choque de estos escuadrones, y enseguida fueron cargados denodadamente de frente y de flanco por Silva y Carvajal con los Húsares y Granaderos de Colombia y quedaron destrozados en una última lucha, en la cual los colombianos no dieron tiempo a sus contrarios de rehacerse ni de recibir los refuerzos que los jefes españoles trataron de traer al combate. Silva, cubierto de heridas, no permitió que lo retiraran del campo.

Los tres batallones de Pardo se sostuvieron valientemente contra los cuatro batallones de Córdoba, pero al fin fueron arrojados al barranco a culatazos y bayonetazos, mientras los dos batallones de Monet, que no habían podido pasar el barranco porque el terreno inmediato de la meseta lo ocupaba la brigada Pardo, permanecieron inactivos, y no pudieron resistir la división de Córdoba cuando esta se lanzó a la falda. Monet quedó herido y muertos o gravemente heridos, tres jefes de cuerpos, y la mayor parte de los soldados de Pardo, muertos, heridos o prisioneros.

Mientras tanto, Valdés había penetrado en la meseta, a retaguardia de la izquierda de Sucre, rechazando por sus fuerzas superiores la valerosa división peruana. Sucre envió primero en socorro de La Mar al Batallón Vencedor en Boyacá, de la división Lara, y cuando un rato después vio decidida la lucha en el centro lanzó contra una fuerte columna de la división Valdés, que venía avanzando, al Batallón Vargas, de frente y de flanco, a los Húsares de Junín y a los Granaderos de los Andes, viéndose obligados los realistas a repasar la quebrada en derrota; y cercadas estas tropas del otro lado se rindieron en su mayor parte, salvándose Valdés con unos pocos, a la vez que Córdova completaba el triunfo por el centro dispersando en lo alto del cerro a los dos batallones de Gerona y al de Fernando VII. El virrey, herido mientras hacía esfuerzos por contener la derrota, cayó prisionero. Excesivamente fatigadas las tropas de Córdova, tuvieron orden de retirarse, y Lara y La Mar continuaron la persecución, hasta que los restos del ejército enemigo convinieron en rendirse, ajustándose enseguida la generosa capitulación concedida por Sucre, en homenaje a militares célebres por sus hazañas en la larga contienda de la independencia. En poder del vencedor quedaron 2600 prisioneros no heridos, y los españoles tuvieron 1800 muertos y 700 heridos. Las pérdidas de los patriotas fueron de 310 muertos y 609 heridos.

Estos números prueban que el ejército real, acostumbrado a vencer durante muchos años, no cedió el campo sino después de haber realizado extraordinarios esfuerzos. Y no está la razón del triunfo en la reducida proporción de españoles del ejército realista, pues en aquellas cordilleras los peruanos, veteranos de muchas campañas, eran soldados insuperables, ni en el exiguo número de ingleses del ejército unido, como han dicho Valdés y García Camba, sino en la avasalladora destreza del general vencedor, acertado en el pensamiento y rápido en la acción, cualidades decisivas en un campo de batalla.

En resumen, los españoles concibieron y comenzaron a ejecutar un plan que habría sido bueno contra un enemigo inmóvil; y Sucre, antes de que pudieran tomar una actitud imponente contra el ejército unido, entrando en masa a la pampa o meseta, desbarató con la división Córdova y la caballería de Colombia, sucesivamente, la izquierda y el centro de los españoles; y enseguida abrumó con las divisiones Lara y La Mar y la

caballería del Perú a la división Valdés que había logrado penetrar en el campo, a retaguardia de Sucre, arrollando parte de la división La Mar hacia la Quinua. El oficial español, autor del *Diario de la campaña*, capitán Sepúlveda, impresionado por el fracaso sucesivo de las columnas realistas en su intento de penetrar a la pampa, califica a esta de “reducto inexpugnable”, y el general Valdés, cuando formulaban la capitulación dijo a Sucre y sus generales: “Su posición ha sido una trampa número cuatro, los que en ella entraban no volvían a salir”¹¹. Y esto se explica fácilmente analizando los hechos que pueden sintetizarse así: siendo Sucre inferior en número supo acumular sucesivamente en las luchas parciales fuerzas superiores a las del enemigo. *Ese es el arte de la guerra*.

La antecedente descripción la formamos teniendo a la vista el plano exacto del terreno y estudiando minuciosamente las ocho relaciones fundamentales de la batalla, es decir, las de los únicos testigos y actores de la batalla que han escrito sobre ella, y desde luego calificamos equivocadas las descripciones dadas al público recientemente por diversos escritores, entre los cuales se cuentan algunos como Gonzalo Bulnes, cuyas obras, de verdadero mérito por otros respectos, han adquirido justo prestigio y contribuyen, por tanto, con más fuerza a generalizar un error que debe subsanarse. Y estos autores, sin disponer de datos precisos del efectivo de los españoles, naturalmente se inclinan a aceptar las falsas afirmaciones de García Camba y Valdés, respecto al efectivo de los realistas, porque partiendo del supuesto errado de que ambos ejércitos se acometieron completos frente a frente en medio de la pampa, de otra manera no se explican la facilidad y rapidez del triunfo de un ejército pequeño contra otro igualmente disciplinado y mucho más fuerte por el número de combatientes.

Según estas descripciones, el ejército real entró entero a la pampa o meseta de Ayacucho por el barranco del norte y la falda del Cunduncurca libre de obstáculos, se desplegó en batalla en medio de la pampa y comprometió una lucha de frente con el de Sucre, sin otro obstáculo que una pequeña y honda depresión que existe hacia el centro de la meseta y a su izquierda, la cual se ha tomado por el obstáculo de que hablan las relaciones originales, al referirse al barranco que bajando del Cunduncurca,

11 O'Connor, *op. cit.*, p. 102.

cruza a la izquierda y corta a la llanura en sus dos terceras partes, y como vamos a demostrarlo, estas descripciones son perfectamente falsas. Para ser breves, nos limitaremos a unas pocas citas de cada autor.

- I. Miller (*Memorias*, t. II, p. 173): “Durante la noche del 8 mantuvieron un fuego continuo y muy vivo los puestos avanzados realistas y patriotas; el general Sucre se proponía por este medio impedir que durante la noche bajasen al llano los realistas, y con este objeto hizo avanzar las bandas de dos batallones con una compañía al pie mismo de la montaña, y continuaron tocando por algún tiempo, mientras la tropa hacía un fuego vivísimo. Esta ficción produjo el efecto deseado, porque los realistas no se movieron de sus líneas”. Enseguida, después de describir la lucha en la derecha y el centro, dice respecto a la izquierda: “Mientras tanto, Valdés había principiado al amanecer un movimiento de cerca de una legua, bajando por las laderas del norte de la montaña, y se colocó sobre la izquierda de los patriotas, a tiro de fusil, y separado por un barranco”. Esta descripción precisa la situación y el movimiento inicial de la vanguardia del ejército real, está perfectamente marcada en el plano dibujado por Miller, y confirmada por el plano de López, y estos son los únicos planos de los testigos presenciales que se han conservado.
- II. O'Connor (*Recuerdos*, p. 94): Se atribuye la idea de no dejar que todo el ejército real descendiese a la pampa sin combatir. Así como Miller, O'Connor sitúa la batalla en la parte alta de la meseta y sintetiza el plan del vencedor en estas precisas y concluyentes palabras: “Siendo los enemigos dobles en número, debían atacarse antes de que todos acabasen de bajar”. Luego añade O'Connor: “Y así fue”. Y en la página 99 asienta: “habían bajado sobre nuestro flanco derecho bastantes batallones enemigos que debíamos atacar antes que bajasen más, *pues este era el plan en que habíamos convenido*”.
- III. Valdés (*Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, publicados por el Conde de Torata, nieto de Valdés):

Describe así el campo: “La llanura que había de servir de campo de batalla estaba oblicuamente atravesada por una barranca practicable para la infantería. Por nuestra izquierda quedaba una salida de ciento cincuenta toesas, terreno suficiente para desenvolver y usar la caballería” (Primera parte, t. III, p. 60). Luego dice cómo atacó su división la izquierda de los independientes, y continúa: “Rubín de Celis *se lanzó imprudentemente al llano*, y habiendo caído sobre él la división Córdova fue batido y deshecho. El 2.º del Imperial sufrió igual suerte. Monet, que se encontraba *al borde del barranco de su frente*, arrebatado de un ardor excesivo, en vez de esperar en tan buena posición a que la vanguardia (división Valdés) completase su movimiento, la caballería *acabase de bajar y formar en el llano*, y la artillería se descargase de las mulas y se situase en los puntos convenidos, creyó que podría reparar el descalabro de la izquierda, y con este objeto, y con el de sostener el batallón de guías que formaba su línea de tiradores, adelantó su movimiento de frente antes del tiempo que se le había prevenido. En su consecuencia, y sin considerar que tenía sobre sí la división victoriosa de Córdova, apoyada por ocho escuadrones de caballería, emprendió el paso del barranco con una intrepidez prematura; dos batallones habían logrado formar felizmente en columna al otro lado, y el resto de la división continuaba pasándole, cuando Córdova, sin dejarle tiempo para desplegar sus primeras columnas, y habiéndole ya arrollado el batallón que tenía en tiradores, le envolvió con toda su fuerza” (p. 64). Esta descripción por sí sola es concluyente, así como todo el resto de la narración de Valdés, en la cual sitúa las operaciones principales de la batalla en las inmediaciones del barranco del frente y en la falda del cerro que cae suavemente a la pampa hacia donde se hallaba la derecha de Sucre¹².

12 Valdés, enconado contra Sucre y devorado por el despecho, emite juicios arbitrarios y despectivos que lo honran poco moral e intelectualmente. De la distribución de las fuerzas patriotas, dice que Sucre empenó toda su reserva indebidamente desde el principio de la acción. Es muy sabido que Sucre solo dispuso del Batallón Vencedor, de la división

- IV. García Camba, jefe de caballería (*Memorias*, t. II, p. 301, ed. moderna de la Editorial América): “Monet con sus cinco batallones había de descender al llano, acercarse al borde oriental *del barranco que dividía el campo de Ayacucho en la mayor parte de su longitud* y formar allí sus masas para secundar decididamente la ofensiva, así que la división Valdés se hubiese empeñado con ventaja”. Pero Sucre desbarató la Brigada Pardo “antes que la 2.º Brigada de Monet cruzara el barranco”.
- V. Sepúlveda, español, capitán del ejército real (autor del *Diario de la campaña*): Describe muy bien el campo en el que los independientes podían “manejar con desahogo sus pequeñas masas colocadas desde por la mañana paralelamente sobre una lomada que, aunque tendida, domina toda la planicie, y desde allí atendían sobre todo el campo que por su naturaleza era un *reducto inexpugnable*”. Descripción que corresponde perfectamente a la parte alta de la meseta, donde la convexidad del terreno es pronunciada. Enseguida, Sepúlveda afirma que los independientes hicieron en el espacio libre, entre el barranco del frente y la quebrada de la derecha de Sucre, la oposición más “vigorosa *a fin de impedir la entrada en el llano a nuestras columnas*” (C. de Torata, t. III, Segunda parte, p. 15).
- VI. Escudero, español, capitán de la división Valdés: Dice que esta división descendió por la senda de la derecha y la de Monet por la de la izquierda, o sea, la que desemboca sobre el barranco del frente de la meseta. Es decir, que Valdés tomó el camino que conduce a la quebrada de la izquierda de Sucre. Valdés estableció una batería para facilitar el paso de la quebrada. Cruzada esta, comenzó lo más serio de la lucha. Vencedor Sucre de Villalobos y de Monet, cayó con todo su ejército sobre Valdés, el cual tuvo que repasar la quebrada y no pudo sostenerse del

Lara, cuando vio retrocediendo a la división La Mar, y para el golpe decisivo contra Valdés, cuando ya no existían ni la izquierda ni el centro españoles, fue que empuñó casi toda su reserva, es decir, el Batallón Vargas, el Regimiento de Húsares de Junín y el escuadrón argentino Granaderos de los Andes, quedando sin combatir el Batallón Rifles, porque no fue necesario emplearlo. No se concibe uso más prudente de la reserva.

otro lado; los que escaparon siguieron a Valdés en su ascensión a la cima, siendo grande la sorpresa de todos al darse cuenta en lo alto que el ejército había sido totalmente dispersado. (*Ibid.*, p. 42).

- VII. M. A. López, colombiano, oficial del Batallón Vencedor: La descripción del campo corresponde perfectamente al terreno; expone los actos principales de la batalla en la parte alta de la meseta en los bordes del barranco o quebrada (arroyuelo, dice López) que baja del Cundurcunca, dejando solo un espacio libre de trescientas varas a la derecha; y todavía más, sitúa la línea de los tiradores de los independientes *a cien varas de la falda del Cundurcunca*, dato indicativo de que los enemigos *no entraron a la llanura*, sino parcialmente y por cortos momentos; pues consta en todas las relaciones de uno y otro bando que las tropas de Sucre no cedieron el terreno en todo su frente principal, hacia el lado del cerro, en ningún momento. (*Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López*, Bogotá, 1878, p. 138).
- VIII. Sucre: El lacónico parte del vencedor, comprende la descripción de toda la campaña. Respecto a la batalla da una idea general sin entrar en detalles de las diversas operaciones, y por brevedad engloba los movimientos sucesivos de la división Córdova contra la izquierda y el centro enemigos en unas pocas líneas; sin embargo, proporciona elementos suficientes para fijar el lugar de la batalla, a saber: “Nuestra línea formaba un ángulo”, es decir, la derecha y el centro mirando al este, hacia el cerro del Cundurcunca, y la izquierda viendo al norte, disposición que no hubiera tenido lugar si los dos ejércitos hubiesen estado antes de combatir frente a frente, dentro de la llanura, como expresan las relaciones falsas a que nos referimos. “Nuestra posición —sigue Sucre—, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas y, por su frente no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo”; y estos conceptos no son aplicables sino a la parte superior de la meseta, con el enemigo situado en el cerro y refiriéndose al espacio libre de trescientos metros entre el barranco que baja del cerro

y la quebrada de la derecha, única parte de la pampa por donde podía obrar la caballería. Enseguida dice: “A las diez del día, los enemigos situaban *al pie de la altura* cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas, etcétera”, lo que indica claramente que la posición de los españoles estaba en la falda del Cundurcunca y al comienzo de la meseta. Después de indicar el descenso rápido de la división Valdés por las quebradas de nuestra izquierda, Sucre expresa los cuerpos que formaban el centro enemigo, y respecto de los de la izquierda española, dice que se hallaban “*en la altura* los batallones 1.º y 2.º de Gerona, 2.º del Imperial, etcétera”, o sea, en lo alto y en la falda del cerro de Cundurcunca, lo que equivale a decir que estos cuerpos no estaban en la llanura.

Con estas y las anteriores citas que no son sino una parte muy pequeña de las muchísimas que pudiéramos presentar de los mismos actores y autores, no queda duda ninguna de que el ejército español no entró entero, sin combatir, a la pampa o meseta como se ha pretendido en las relaciones modernas. Cada una de las relaciones fundamentales está hecha, como es natural, desde el punto de vista del autor, y aquí las diferencias en los detalles, pero nos permiten, por los pormenores que anotan, fijar las operaciones parciales omitidas en el parte dado por Sucre. Comprendiendo este la conveniencia de transmitir a la posteridad una descripción completa, cuando se hallaba de presidente de Bolivia, mandó hacer un plano de la batalla que sirviera de base a la descripción, pero estos documentos no se han publicado y probablemente están perdidos. (Véase la nota de Sucre, de 11 de junio de 1825, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, n.º 61, p. 58).

¿Cómo se han formado estas descripciones falsas? La explicación es sencilla: todas se han basado en el plano errado del célebre historiador Paz Soldán, y unos autores han copiado a los otros, sin estudiar a fondo las relaciones originales. En el campo de Ayacucho, en diciembre de 1924, nosotros tuvimos ocasión de comprobar la exactitud de nuestra descripción.

Nos resta citar un documento precioso y decisivo en esta cuestión, y es un cuadro existente en Lima, en el Museo Boliviano de la Magdalena,

intitulado: “Plano de la gloriosa batalla del Ejército Unido Libertador, en los campos de Ayacucho, día memorable el 9 de diciembre de 1824 años”, compuesto por un oficial de Voltígeros, en el cual está pintada la batalla en la parte superior de la pampa, tal como la hemos descrito.

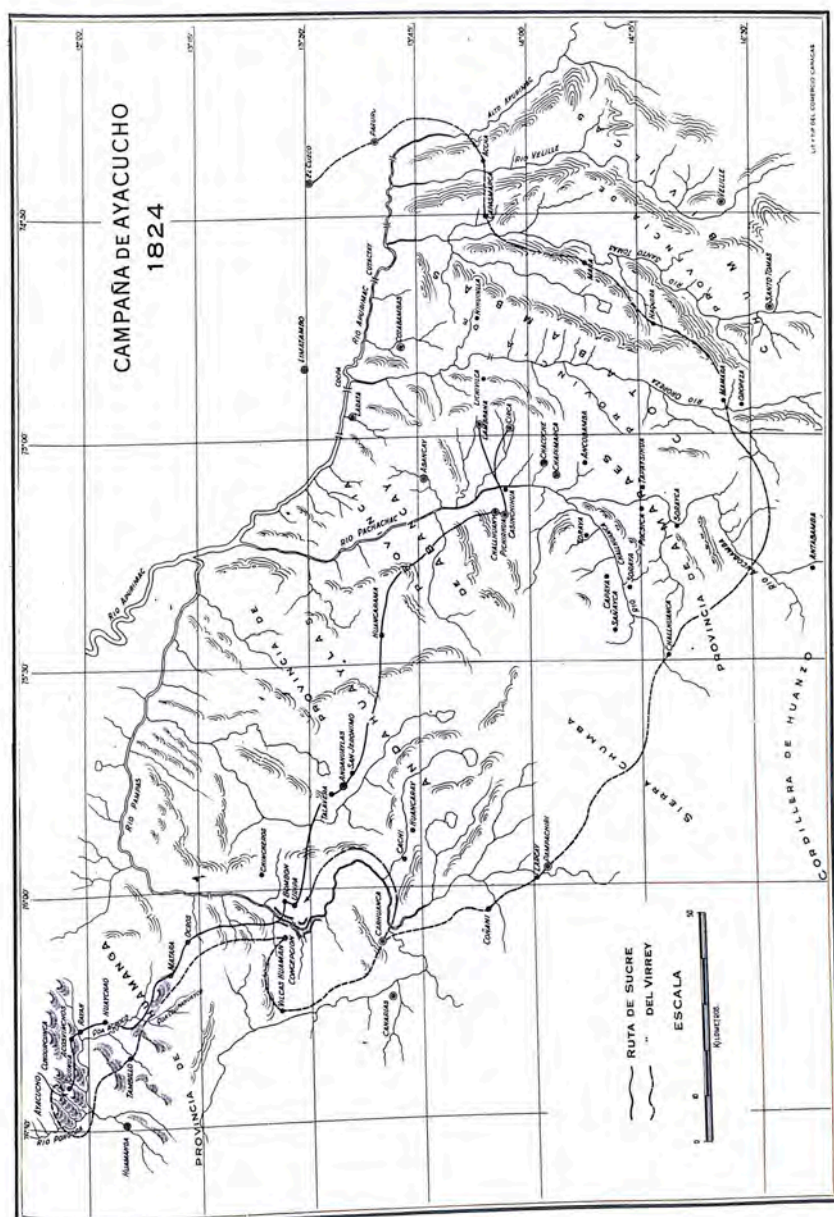
Respecto a los planos publicados, debemos hacer las siguientes observaciones: los de Miller y López son simples croquis hechos de memoria, pero ambos fijan claramente la división Valdés del otro lado de la quebrada de la izquierda y la lucha en la parte superior de la pampa. En el de Miller consta, como fue la verdad —y este solo hecho es concluyente como tantos otros en favor de nuestra demostración—, que varios cuerpos españoles no llegaron a bajar a la llanura. El plano de Paz Soldán (*Historia del Perú independiente...*, *ibid.*, t. I) supone equivocadamente que Valdés entró en la meseta por el barranco del frente, y el dibujo del terreno es tan imperfecto como el de los anteriores. Lo mismo se puede decir del plano inspirado en el de Paz Soldán, de la obra del Conde de Torata, construido en Madrid, en 1896, para la publicación de la obra, completamente fantástico tanto en la forma del terreno como en la colocación de las tropas. Desgraciadamente, el croquis del general Valdés, así como el de Sepúlveda, ilustrativos de sus respectivas relaciones, se extraviaron sin que llegaran a conocimiento del Conde de Torata, y así lo declara este autor.

El excelente plano que acompaña este trabajo fue levantado por el Estado Mayor peruano. Reproducimos dos copias, una con la posición de las tropas antes de comenzar la acción, y otra en el momento de la lucha de Córdova con Rubín de Celis, mientras Monet bajaba hacia el barranco del frente, y Valdés cruzaba la quebrada a la izquierda de Sucre y empeñaba el combate con la división La Mar. También se reproducen una vista del campo y el cuadro de la batalla dibujado por el oficial del Batallón Voltígeros de la Guardia.

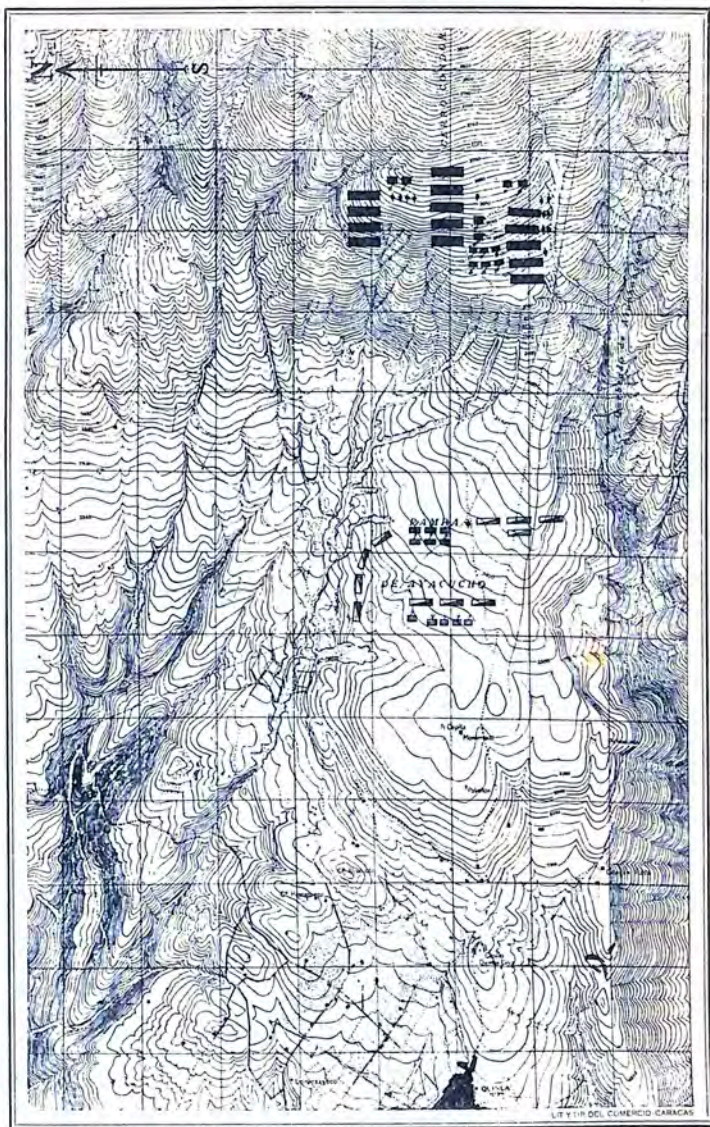
Firmada la capitulación, los generales españoles, los prisioneros y el ejército libertador, se dirigieron a Huamanga, donde Sucre extremó sus atenciones a los infortunados caudillos, a quienes después de tantos esfuerzos y de brillantes triunfos, en gloriosas campañas, les tocó en suerte presidir el drama final de la dominación española en el continente.

Las consecuencias de la batalla de Ayacucho fueron inmensas. El ejército libertador, en marcha triunfal ocupó el Cuzco, La Paz, Chuquisaca y Potosí. Las fortalezas de Chiloé y el Callao, tras honrosas resistencias, se rindieron; Bolivia fue creada, y el Libertador pudo realizar su sueño del Congreso Anfictiónico de Panamá e intentar la formación de una gran nación que comprendiese todos los países redimidos por su espada.

El continente hispanoamericano, desgarrado largos años por luchas intestinas, no tuvo en el mundo el influjo que se esperaba a raíz de su independencia, pero consolidada la paz en todas sus secciones y fortalecidas algunas de ellas por la inmigración y cultura europeas, empieza ya a cumplir el glorioso destino a que está llamado por la inmensa extensión y riqueza de su suelo, y el esforzado aliento de sus hijos. En proporción a su desarrollo crecerá, ante las generaciones venideras, la importancia, y la gloria de Ayacucho.

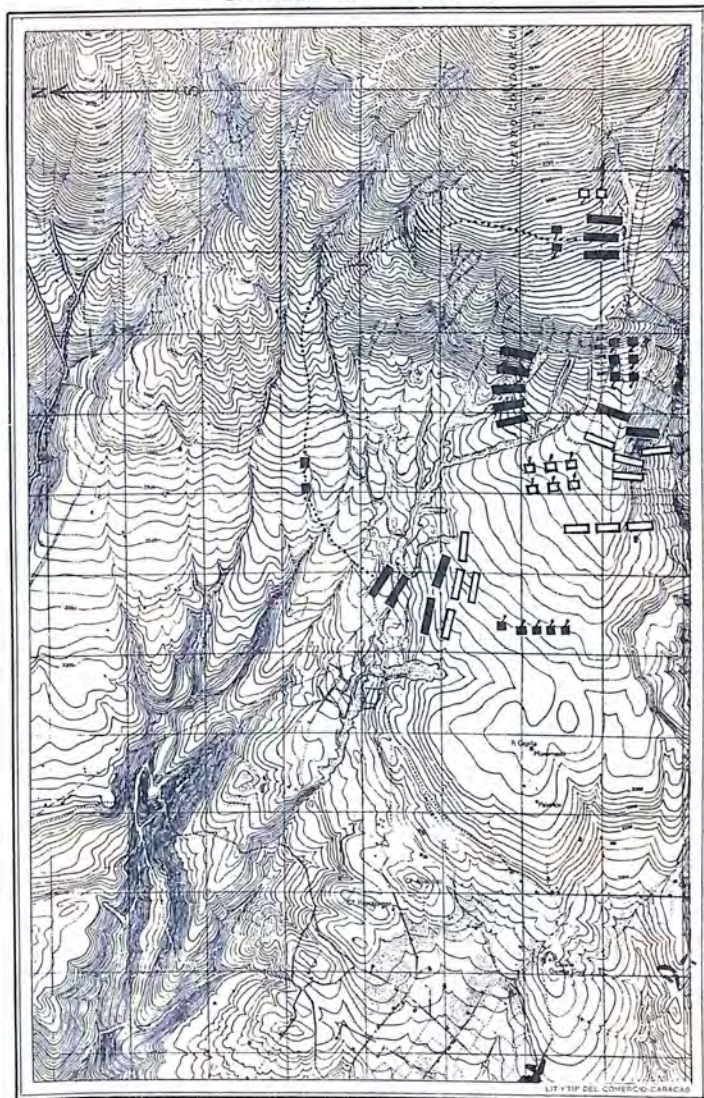


BATALLA DE AYACUCHO



Posición de las tropas antes de comenzar la lucha.

BATALLA DE AYACUCHO



Posición de las tropas durante el primer choque, contra la derecha española, cuando la división Monet todavía no había pasado el barranco y la división Valdés cruzaba la quebrada de la izquierda de Sucre.



Pampa de Ayacucho, vista desde el sitio donde acampó el Ejército Real en el cerro de Cundurcunea.



Plano de la batalla de Ayacucho, dibujado por un oficial del batallón Voltigeros. 1824.



Colección Bicentenario de Ayacucho

© Ministerio del Poder Popular para la Cultura

© Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario

© Centro de Estudios Simón Bolívar

ISBN: 978-980-14-5674-2

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito legal: DC2024002224

Liberación del Perú
Campañas de Junín y Ayacucho
digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, República Bolivariana de Venezuela,
diciembre de 2024

LIBERACIÓN DEL PERÚ: CAMPAÑAS DE JUNÍN Y AYACUCHO

Es una recopilación de cuadros realizada por Manuel Landaeta Rosales como ofrenda en el primer centenario del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho (1795), Antonio José de Sucre. Tal como reza en la "Advertencia" de esta publicación: "Los datos que figuran en estos cuadros, son obtenidos de fuentes dignas de fe, tales como partes oficiales, diarios de campañas, notas y cartas particulares de Jefes de crédito (...)" . Entre ellos se pueden destacar los nombres de los principales Jefes patriotas y realistas, cuerpos del Ejército Unido Libertador, prisioneros, caídos y heridos, así como también las cifras con la cantidad de tropas combatientes.

VICENTE LECUNA (CARACAS, 1870-1954)

Ingeniero, banquero, educador e historiador. Cursó estudios en la Universidad Central de Venezuela, donde se graduó de ingeniero civil (1889). Participó en la construcción del ferrocarril central de Caracas a los Valles del Tuy (1889-1890) y del ferrocarril alemán Caracas-Valencia (1890-1894). Se desempeñó como director de la Escuela de Artes y Oficios de Caracas (1911-1920). De su extensa trayectoria sobresale la que será su labor más encomiable: la organización, estudio, conservación y edición del Archivo de Simón Bolívar, tarea que iniciará en 1914 y mantendrá hasta el final de su vida. En 1916 se le designa la misión de restaurar la Casa Natal del Libertador. Entre sus obras se destacan: *Cartas del Libertador* (1929); *Proclamas y discursos del Libertador* (1939), y *Simón Bolívar: obras completas* (1947).